

JUAN E. HERNÁNDEZ Y DÁVALOS

COLECCIÓN DE DOCUMENTOS PARA LA HISTORIA
DE LA GUERRA DE INDEPENDENCIA DE MÉXICO

DE 1808 A 1821

TOMO IV

Coordinación

VIRGINIA GUEDEA
ALFREDO ÁVILA



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
2008

NÚMERO 138

Desengaños que a los insurgentes de Nueva España seducidos por los francmasones agentes Napoleón, dirige la verdad de la Religión Católica y la experiencia

DESENGAÑOS que a los insurgentes de Nueva España seducidos por los francmasones agentes de Napoleón, dirige la verdad de la religión católica y la experiencia. Escritos por el doctor don Agustín Pomposo Fernández de San Salvador.

Videte ne quis vos decipiat per philosophiam & inamen falaciam secundum traditionem hominum, secundum elementa mundi, & non secundum Christum, quia in ipso inhabitat, ovis plenitudo divinitatis corporaliter: & estis in illo repleti, quia est capus omnis principatus & potestatis. D. Paul. ad Colossenses. C. 2. V. 8, 9 y 10.

Estad sobre aviso que ninguno os engañe con filosofías y vanos sofismas según la tradición de los hombres, según los elementos del mundo y no según Cristo porque en él habita toda la plenitud de la divinidad corporalmente, y estáis cumplidos en aquel que es la cabeza de todo, principado y potestad. San Pablo en su carta a los Colossenses versión del P. Scio.

¡O vosotros, cualesquiera que seáis, insurgentes de Nueva España, dignos de la tierna compasión que solo se halla en el seno maternal de la religión sacrosanta que tiran a desairragar de en medio de vosotros los que os han engañado! escuchad la voz de esta madre piadosa, que os habla con la de Dios depositada en la escritura santa y con la de vuestra propia experiencia, delante de las cuales deben aniquilarse todos los sofismas del filosofismo francés, con que sin mentaros los nombres de Voltaire, Rousseau y otros sacrílegos impíos os están nutriendo en las máximas de estos mismos que han sido los

maestros de Napoleón. Vuestros caudillos os dicen que son católicos, y que no quieren que dejéis de serlo, yo también creo que los más de vosotros todavía lo sois, pero engañados miserablemente a causa de la ignorancia de la doctrina del evangelio. Y como por el bien de todos quisiera que cada uno de vosotros leyera muchas veces este papel, y muchas más reflexionara y meditara las verdades cristianas que indicará, a lo menos a los pocos que leyeren he de suplicarles por las lágrimas misericordiosas de María Santísima Dolorosa, que si se precian de racionales no echen al olvido estas reflexiones; soy americano, amo de corazón a mis paisanos, veo su verdadera felicidad que consiste en no perder a Dios, como parte muy esencial de la mía, y amando juntamente la verdad, vuelvo a rogarles, que si no quieren perderse para siempre, atiendan y mediten lo que voy a decirles; no soy misionero pero soy cristiano, y la caridad fraternal de esta divina religión obliga indistintamente, aunque con ciertos límites, al sacerdote y al lego a procurar del modo que puedan evitar la ruina eterna de sus próximos.

Soy también un padre a quien habéis arrebatado el placer inocente y la alegría, y habéis introducido en mi corazón el desconsuelo melancólico, que no cesa de herir su sensibilidad.

Después de un año y cuatro meses corridos desde que el Señor Dios me llevó de las manos una consorte verdaderamente virtuosa; vuestros emisarios abusando de la sencillez, candor y falta de mundo y de las virtudes con que ella educó a un hijo tiernamente amado, me lo robaron y no se al cabo de cinco meses siquiera por qué rumbo salió de esta capital. Yo les perdono delante del Dios que ha de juzgarlos, y le suplico me de tanta sinceridad, que mi perdón le sea tan aceptable, que lo confirme haciéndoles volver en sí como al pródigo del evangelio, hasta recibirles en sus amantes brazos; claro es que deseo que se desengañen, en mi corazón profundamente herido y atribulado recobraría el placer, si

volviesen a los senderos de la razón y del orden.

El triunfo del ejército del rey al mando de otro Simón Macabeo el señor Calleja en Cuautla contra el formidable Morelos, tan completo, tan interesante y tan claramente protegido del cielo, trajo a mi corazón un júbilo tan grande y halagüeño, que destronó de allí a la cuitada melancolía y besando la mano adorable de la providencia que vela en guarda de sus criaturas, sentado bajo el sombrío pabellón de un álamo negro, cuyas ramas una por una registraba una tortolita gimiendo dolorosamente por no hallar sus polluelos que la robó la traviesa inconsideración de un niño, después de compadecerme de su pena, imaginé que ya no debía asomar a mis ojos una sola lágrima.

Mas como el llanto, según la frase de un texto sagrado, pisa siempre sobre la ropa del placer, no bien volví a mi posada cuando mi imaginación se nubló de nuevo, y me presentó tanta tierra nutrida de sangre, tantos cadáveres despedazados, tantos cráneos y huesos recientemente descarnados, tantos semblantes macilentos y llorosos, y tantos otros objetos de dolor y de lástima, que conmovida la compasión me puso entre los dedos la pluma para hablaros en solicitud de vuestro desengaño. ¡Ay de mí, exclamé agolpándose a mis ojos dos torrentes de lágrimas, si entre tanta carnicería estarán los pedazos de mi hijo seducido, o sus huesos estarán mezclados entre tantos otros! ¿Cómo es que tantos males de la guerra cruel y asoladora no llaman la atención de tantos infelices al desengaño? Quizá el Dios de bondad se dignará, compadecido de ellos, dar algún vigor a mi pluma: ¡cuántas veces empleó medios tan despreciables para lograr los fines de su beneficencia! Me atreveré pues a decir algo.

¡Seducidos! ¿En qué se funda ese odio implacable a los europeos? en que se os dice que debéis conservar estos dominios para el cautivo rey Fernando VII, esta es una verdad, y será un perjuro y un traidor quien falte a tan justo y solemne juramento.

A esta verdad con que astutamente os preocupan a su favor los seductores, unen la falsedad con que os engañan; os han dicho que los gachupines, querían entregar el reino a Napoleón, ¡qué osadía tan horrible la de quien ha querido persuadirnos tal cosa! El supone que sois los brutos más estúpidos, y os hace la injuria más atroz solo con proponeros tal absurdo; porque solo unos hombres embrutecidos hasta la estupidez pueden creer tal patraña, yo os hago justicia, y al veros enfurecidos contra los que habéis creído que querían entregarnos a Napoleón, diviso en vuestro furor una prueba de vuestra lealtad a Fernando VII; de vuestra disposición de perder hasta la vida antes que faltar al juramento de conservarle sus dominios; de vuestro amor a la religión católica que condena las máximas infames de Napoleón y sus sectarios, y de que aun execráis a este malvado, por lo mismo quisiera desengañaros, aunque fuese a costa de mi vida, y demostraros que los que tal os dicen, son los que quieren quitar la religión, quitar el cetro a Fernando y entregarlo a Napoleón.

Preguntad a los que tal os dicen ¿Por qué toda la España antigua se alarmó casi en un propio momento contra los napoleones y franceses? ¿Por qué habiéndose sujetado a la dominación del corzo casi todas las naciones europeas, solamente la española se ha resistido y resiste, y ha derramado un mar de sangre de esclavos de Napoleón franceses y extranjeros, y un río de sangre de españoles católicos y leales; y antes se dejaría quemar vivo el último español verdaderamente cristiano, que sujetarse a la coyunda de hierro? ¿por qué? por dos razones, la principal es, que aunque las modas, el libertinaje y la comunicación de los franceses hablan corrompido casi toda la gente de la corte, de los puertos y de las grandes ciudades, no había cundido esta peste en la gente pobre de los pueblos y lugares cortos, y esta gente sabía doctrina cristiana y amaba la verdadera religión que con tanto vigor intima la fidelidad al soberano; la segunda razón, hija del conocimiento

y amor de la religión, es, que aunque la Francia ha tenido muchos santos y verdaderos católicos, juntamente alojó en su seno muchos herejes enemigos de la soberanía, por lo cual siempre también detestaron a estos los buenos españoles, y siempre conocieron su hipocresía, su doblez y astucia diabólicas, su impiedad y la falsedad de sus promesas; así ha sido que inútilmente pretendieron engañarles con los prometimientos de la defensa del catolicismo, de la protección a Fernando VII para la mejora del gobierno, de su restitución al trono, etcétera, no les creyeron ni debieron creerles, si les creyeran, ya no habría uno que no fuera esclavo, como lo son los indignos del nombre español que les dieron crédito; los dominados por la violencia son héroes que padecen, no ven ocasión que no hagan entender a sus opresores, que jamás dominarán sus corazones, ni arrancarán de ellos el amor de la religión ni el de Fernando VII.

Si pues, aquellos españoles acosados del fuego y de las cuchillas del corzo, no han querido ni quieren después de más de tres años de trabajos indecibles doblarle la rodilla, ¿en qué cerebro sano puede caber la creencia de que los españoles que viven en América tan distantes de aquellos peligros y trabajos entregarían estos dominios al aborrecible Napoleón? En mis primeros años vi una vez en San Hipólito un pobre loco lanzarse alegremente a una hoguera, poniendo en las ascuas la cabeza por hacer como él dijo, machincuepa, que es lo mismo que dar voltereta, dos religiosos lo cogieron y teniéndole lloraba a un mismo tiempo por la quemadura de la cabeza, y reía y forcejaba queriendo repetir, mas nadie ha visto a un loco comer lumbre; ¿y podréis creer, que todos estos españoles sean más locos que todos los del mundo? ¿Quiere alguno de vosotros hacerse esclavo del corzo? ¿Cómo pues creéis que tantos millares de hombres libres quisieran hacerse sus esclavos, como infaliblemente lo serían si le entregaran este reino?

Abrid los ojos y reconoced que los que os dicen tales patrañas son los hipócritas

afrancesados, que aficionados por Napoleón o por sus emisarios, fingen que adoran la religión cristiana, y realmente tiran a arrancarla de raíz si pudieran; fingen que adoran a Fernando VII, y lo que quieren es usurparlo el trono de estos dominios y darlo a Napoleón, o sentarse en él para esclavizares, como abiertamente llegó a descubrirlo Hidalgo Costilla, según lo demostraron ya con sus palabras mismas y con razones solidísimas el sabio y erudito anti Hidalgo, don Fermín Reygadas en su *Aristarco*, el Filopatro, y otros en escritos dignos de que todos los americanos los lean y reflexionen; *Videte ne quis vos decipiat &c.* Oíd lo que nos previno el apóstol San Pablo: "Estad sobre aviso que ninguno os engañe con filosofías y vanos sofismas, según la tradición de los hombres, según los elementos del mundo, y no según Cristo, porque en él habita toda la plenitud de la divinidad corporalmente; y estáis cumplidos en aquel que es la cabeza de todo principado y potestad."

Mas también os dicen los seductores que los gachupines no adoran otro Dios que el oro y la plata, que son soberbios y orgullosos, tanto que cada uno se imagina ser un Hernán Cortes, y cree que por bajo que haya sido su nacimiento y obscura su educación, es superior a todos los americanos sin excepción de alguno, que se miran como a sus esclavos y aún como a brutos, que os niegan la justicia, os compran barato y venden caro. Es verdad, yo lo confieso con igual franqueza que lo hizo el autor del *Aristarco*; pero debéis en justicia contentaros con que lo confiese de algunos pocos, no de todos; porque no es menos verdad que no son todos los que piensan y obran así; son unos pocos malos cristianos y malos gachupines que tienen la desgracia de carecer de talento, o que si lo tienen, no lograron una buena educación, son hombres hijos de aquel Adán y Eva, que fueron nuestros padres, y por cuya causa hay también algunos entre nosotros los americanos que han procedido del mismo modo y padecen las propias miserias; sin que por eso se infiera que todos los españoles europeos son malos, ni que todos los americanos son malos.

¿Quién sino Dios solamente puede hacer que todos los hombres sean buenos? Mas Dios permite que haya malos y los tolera y se apiada de ellos, porque sabe con infinita sabiduría cuan miserables son todos después de la caída de Adán, este padre común perdió para sí y para sus hijos la justicia original, perdió la mansión feliz del paraíso, echado de allí al destierro del mundo que habitamos, transmitió en herencia a toda su posteridad las miserias y debilidades, de aquella pérdida, de aquel destierro y de esta herencia procede la violencia con que nuestras pasiones nos precipitan al mal; ellas nos hacen olvidar que el mundo es el destierro, y que no estamos en él sino para caminar a nuestro fin, que es el mismo Dios que fue nuestro principio; que este destierro es la habitación del error, de la ignorancia, de la desdicha y del engaño, que si nos olvidamos de llevar siempre delante la antorcha de la religión, caeremos sin falta en el pozo de los vicios; pozo que más o menos oscuro y escondido esta siempre debajo de nuestros pies en cualquiera parte que pisemos.

Por eso también vemos sin poderlo negar, que hay algunos americanos que solo tienen por Dios al oro y la plata, otros tan soberbios, que se creen superiores a todos los hombres del mundo, otros que tratan a sus hijos, a sus mujeres y a sus criados, y quisieran tratar también a todos los demás, como a esclavos o brutos, otros que prostituyen la justicia, otros avaros, otros lascivos, otros en fin, tan malos cristianos como los mas malos cristianos europeos.

¿Por ventura, no hay entre los criollos como entre los gachupines padres amorosos, que habiendo consumido su vida en el trabajo para sustentar y dar a sus hijos la mejor educación cristiana y civil, lloran hoy, lamentan y padecen la desgracia de que algunos de sus hijos, ingratos a sus paternales cuidados, despreciando sus útiles consejos, y creyendo más a los falsos seductores, se han alejado de la casa paterna, no ya como el pródigo del evangelio para vivir lujuriosamente, sino además para ser oprobio de su patria, escándalo

de la humanidad y negro borrón de sus familias inocentes, para traspasar de parte a parte con los puñales de su ingratitud y de su ignominia los corazones amorosos de sus sensibles padres, y hacerse a sí mismos pecando y delinquiendo tanto mal que reunidos todos los demonios del infierno no les podrían hacer otro mayor?

¡Ah!.... *baeret lateri laetbalis arundo*; si, no puedo disimular que mi corazón lleva la saeta mortal atravesada, y que no puedo arrancarla; sí, pero ¿cómo arrancarla, si hablando la verdad debo por mi triste experiencia confesar que hay hijos tales? ¿Cómo, si debo conocer, que si hay alguno escarmentado y arrepentido (como aquel que Jesús puso por ejemplar sin excluir jamás su misericordia los abandonados a todo género de vicios y de crímenes) vuelve a los amantes brazos de su padre; muchos no vuelven porque el pecado venda sus ojos, y no les deja ver los lazos que los aferran, hasta que los rompe la muerte arrebatándoles improvistamente, y presentándoles en el tremendo tribunal de Dios, entonces inexorable, oyen de sus labios la terrible sentencia: *apártate de mi, maldito de mi padre, al fuego eterno*.

¡Padres afligidos por desgracia semejante! yo os compadezco, tanto más, cuanto soy de vuestro número, y no puedo sacar de mi seno la saeta dentada que ceba en mi corazón la inhumanidad más desapiadada; recibid estas lágrimas que mi sentimiento y la compasión de vosotros derraman por mis ojos.... y vosotros insurgentes engañados, reflexionad cuan inmenso y atroz es el cargo que os hará sin falta el supremo juez por haber seducido y corrompido el corazón de cualquier joven. ¿Seréis tan crueles que tengáis por crimen este desahogo, este levísimo lenitivo del dolor de un padre que llora la perdición de su hijo y la vuestra, y que ni a él, ni a nadie desea mal ninguno? No lo espero y prosigo.

Si lo dicho acontece a los que ni nacieron en España, ni jamás la pisaron, y sucede también a los que no tienen dentro de sus venas una gota de sangre española, ¿cómo es que

no veis que os engaña quien os pinta los pecados de algunos españoles como si ellos solo pecaran, para inflamaros en furor y en odio? Tal vez os dicen ya sin embozo, que no pertenece a la antigua España la nueva, y os prometen montes de oro y de felicidades por su separación.

Preguntad empero a los que tal os digan, ¿quién hizo nacer a Pío VII para sumo pontífice? ¿Quién a Fernando VII para rey de ambas Españas? ¿Quién a Napoleón para azote tirano de la Europa? ¿Quién a otros para que toda su vida fuesen zapateros, ganapanes, etcétera? ¿Quién sino el Dios solo, verdadero, grande y poderoso, que hizo que encima del éter purísimo y sutilísimo que no puede sostener el peso de la pluma de un pájaro, se sostuviera ese sol, esa luna, esa estrella Syrio, y tantos otros astros, de los cuales los más exceden en tamaño a la tierra por crecido número de millones de leguas, y sus enormes masas no la exceden menos en el peso? El Omnipotente con su dedo señaló a cada uno en el éter que llena el espacio, la senda por donde había de caminar, y cada uno ha girado por ella más de siete mil años y girará hasta el día postrero del mundo, sin que su incalculable peso ni su desmedido tamaño lo haga parar la carrera, ni le impela a desviarse de la órbita de aquella senda.

¿Quién hace nacer la hierba en la hendidura de esas inmensas murallas, de esos peñascos altísimos, en aquellos lugares los cuales no pudo jamás pisar ni aun tentar con su mano, no ya el hombre ni el bruto, mas ni la osada lagartija, ni el pajarillo sutil? Dios, que mantiene allí la hierba y la simiente para mantener los gusanos e insectos invisibles, que plugó a su bondad que allí nazcan, y que su providencia paternal no quiere que les falte alimento, abrigo ni defensa. ¡Ah! que no es necesario acopiar pruebas para que no dudemos que nuestro Dios es el único verdadero criador, conservador providentísimo, dueño y gobernador del universo; ¿cómo pues, sin mengua de la racionalidad con que nos dotó,

negaremos que este Ser de los seres es el rey supremo de la tierra que habitamos todos los descendientes de Adán? ¿Cómo dudaremos que es el dueño de ella, y que a su dominio supereminente toca repartir los cetros a los reyes terrenos para que en su nombre gobiernen a los pueblos, casi siempre para beneficiar a los hombres, y algunas veces para castigarles? Dios es quien da los reyes a los pueblos, si buenos son imágenes de la bondad de Dios; si malos son imágenes de la ira de Dios.

"Oíd, dice Dios en el libro de la sabiduría, oíd los reyes y entended; aprended jueces de la tierra, escuchad vosotros los que domináis los pueblos y hacéis lo que os gusta en las naciones; el Señor es quien os ha dado la potestad, y vuestro poder y fuerza procede del Altísimo, quien tomara a cuenta de vuestras obras y juzgará vuestros pensamientos; porque siendo ministros de su reino no juzgasteis rectamente, ni guardasteis la ley de la justicia, ni cumplisteis su voluntad."

¿Qué más claro ha de ser, que de ningún modo y por ningún motivo toca a los pueblos juzgar a los reyes que les dio Dios, aún cuando estos reyes sean muy malos? ¿Qué mas claro ha de decir Dios, que reservó a si mismo el juzgarlas? Pero aún prosigue el texto sagrado hablando a los pueblos en varios lugares.¹

"Temedme a mí y honrad a los reyes, los cuales por mí reinan, por mi imperan y resuelven con discernimiento de justicia. A mi semejanza hacen todo lo que les place; pero lejos de seros lícito pedirles cuenta de sus excesos guardaos aún de murmurarlos en vuestro corazón, porque de repente vendrá vuestra perdición y entera ruina. Aunque sean perversos, yo soy quien los hago reinar para castigar vuestros pecados; quitad estos y mudaré su corazón que está en mis manos. Yo también doy los reyes tiranos, aunque los doy en mi

¹ Pro. 8. V. 15. & 16. cap. 21. 1. cap. 24. 21. Tob. 2. 9. y 12. 7 Ps. 2. V. 10 y 11. Eccle. 10. V. 20. Ose. 13. 11. D. Pet. epis. 1 cap. 2. V. 13 &c.

venganza."

¿Y qué intentan los insurgentes sino juzgar al rey contra la prohibición de Dios, examinar su título, desconociendo el que tiene de Dios, y buscar para ellos mismos y para los pueblos su perdición y entera ruina? Y esto cuando tenemos las más robustas pruebas de que Dios puso el cetro en la mano de un rey bueno como Fernando VII, cuando estamos viendo diariamente al Altísimo ejecutar su terrible amenaza en los caudillos, en los seducidos y en los pueblos de América.

Temed, engañados, al Señor que os habla, ya que antes ignoraseis sus palabras que depositó en la escritura santa, desde ahora que no podéis alegar esa ignorancia, temed los castigos que dictó y aprobó el Omnipotente contra los sediciosos y regicidas, mirad la tierra que se abre para tragarse vivos a los tres sediciosos que osaron sublevarse contra Moisés, y fulminar llamas para abrasar a sus partidarios, ved como perece la ciudad de Siquén con todos sus habitantes por haber proferido con audacia idéntica a la que después leeréis de vuestros jefes, ¿Quién es Abimelec, y quien la ciudad de Siquén para estar sujeta a él? Responded, sí, responded impávidos a quien os haga semejante pregunta, Fernando VII es nuestro legítimo rey, escogido por Dios en su bondad, y la nación española y americana reunida en las cortes generales y extraordinarias por la cautividad del monarca, es quien tiene la soberanía y quien legítimamente nos gobierna, tal es la verdad, tal el lenguaje que debemos hablar si queremos hablar y obrar como cristianos, según la doctrina y máximas deducidas de las divinas escrituras.

No sea pues el pacto social, ni la sucesión hereditaria, sean nada las conquistas, los pactos y enajenaciones de los tratados de paces y de alianza; nada las prescripciones, ni los otros títulos que conocen las naciones; sea todo nada comparado con este radical y eminente título emanado del dominio absoluto de Dios, por quien reinan los reyes y los

legisladores atinan lo justo; como lo ha dicho el mismo Dios en el cap. 8. V. 15. del sagrado libro de los proverbios.

Y como mi dulcísimo Jesús, por quien somos cristianos, es Dios consubstancial a su Padre, y los dos con el Espíritu Santo no son más que un solo Dios; como en calidad de hombre unido inseparablemente a su divinidad, conquistó con las humillaciones y tormentos que padeció, y con su afrentosa y sangrienta muerte traspasado de cruelísimos clavos en la cruz, el reino que a fuer de Dios era suyo desde la eternidad, y jamás lo perdió ni lo perderá; pero los hombres habían perdido el derecho de subir a él, y por eso su misericordia le hizo ganarlo a fuer de hombre para abrir sus puertas a los hombres, como en calidad de hombre también se le dio toda potestad en el cielo y en la tierra, según lo digo a sus apóstoles en Galilea, y lo refiere el evangelio de San Lucas en el cap. 28. V. 18; como cantó David en el salmo 61. V. 12, que toda potestad es de Dios, y el V. 4. del cap. 6 del libro sagrado de la Sabiduría, que los reyes, los jueces, los jefes de los ejércitos, y todos los que mandan a otros en la tierra, no lo hacen con otra potestad que la que han recibido de Dios; como finalmente llenas están las paginas de la Biblia de indubitables textos en que el Señor nos repite lo mismo, ningún cristiano puede dudar que San Pablo escribiendo a los romanos (cap. 13. V. 1.) sentó una verdad incontrastable diciéndoles: que no hay potestad alguna que no venga de Dios; y a los colosenses en las palabras que antes cité del cap. 21. V. 8, 9 y 10; que Jesucristo es la cabeza de todo principado y potestad; amonestando por lo mismo a los cristianos para que no se dejen engañar por los sofismas vanos de los falsos filósofos del mundo.

Sean pues nada todos los títulos que indiqué, pero sabiendo esta palabra de Dios ¿podréis dudar que cuando nuestra América yacía en el seno de la idolatría, y plugó a su Criador beneficentísimo sacarla del caos a la luz de la verdad del catolicismo, quiso quitar

los cetros a los infieles idólatras y los puso en las manos de los reyes católicos? Decid en buena hora con el sabio Benedictino Feijoo y con tantos otros, que no hay derecho de conquista; decid, si queréis a pesar de la ley de Indias que tenéis jurada que tampoco hay derecho de pacificación; pero ¿cómo, reconociendo el dominio absoluto y supremo del Criador, Conservador y Redentor del mundo? ¿Cómo adorando al rey de los cristianos Jesucristo coronado de espinas? ¿cómo siendo cristianos podréis negar que para establecer en este suelo la religión pura sin mancha, y para que a su vez cada uno naciéramos aquí, y al punto fuésemos cristianos los que hoy existimos, y los que existieron y han muerto en el periodo casi de tres siglos, la providencia infinitamente sabia, misericordiosa y admirable de este gran Dios, dio el imperio de América a los reyes de España, como en otro tiempo el de Israel a David reprobando a Saúl, y en otro el de España a los Godos para que Recaredo abjurase la herejía con todo su reino, y para que la divina religión se arraigara tan profunda e inarrancablemente en los corazones españoles, que ni todo el poder del infierno, que es el de Napoleón, haya podido desarraigarla de los leales que sostienen la tremenda lucha?

Jamás fue lícito revocar a duda este dominio supereminente de nuestro Dios; del cual es una consecuencia forzosa la providencia altísima con que da los cetros del mundo a quien quiere, y a cada hombre el destino que conviene, a los fines inescrutables de su providencia, pero si es lícito explicarme así, mucho menos en nuestros tiempos; porque hemos visto lo que sería increíble a no haber acontecido ya. ¿Quién dijera al justo y poderoso Luis XVI cuando convocó la asamblea general de sus reinos para tratar de aliviar las cargas a sus vasallos, que en vez de esto conseguiría morir en un cadalso, para que aumentados los pecados de la Francia, Dios los castigara y el buen rey no dudara coronarse de gloria sempiterna, oyendo de los labios del abate de Fermont al recibir el golpe que cortó su cabeza aquellas palabras sublimes: *"Id hijo de San Luis subid al cielo"*? para castigar los

pecados de la Francia, permitiendo así que se aumentaran; sí, porque una manera tan conocida como tremenda con que Dios castiga a los malos es abandonarles en las manos de sus propios consejos, manteniéndoles la vida y sufriendo que aumenten pecados, para que su justicia triunfe y resplandezca más en el mayor castigo.

¿Quién dijera al nieto de San Luis que después de ahogar en sangre toda la Francia los insurgentes revoltosos de allá, y después de ahogados en la misma sangre los más de ellos, el cetro sería empuñado por un extranjero tan vil y tan desconocido entonces del mundo, cual es Napoleón? ¿Quién a tantos potentados de Europa, que sus cetros se reunirían en la misma mano usurpadora? Ello es indubitable, y no lo es menos que Dios irritado por los pecados de la Europa lo hizo armando del poder del infierno a Napoleón para erigirle verdugo de su justicia, ejecutor de sus venganzas; así para castigar los pecados de su pueblo puso los cetros en las manos de Faraón, de Nabuco, de Ciro, de Alejandro y de otros infieles idólatras, enemigos del mismo Dios por quien reinaron, sin embargo, y de quien tuvieron la potestad.

Así también para castigar los pecados de las Españas antigua y nueva, ha permitido a Napoleón poner en práctica todas las artes diabólicas y venenosas de Voltaire, Rousseau, D' Alembert, Diderot, y de toda la caterva de falsos filósofos que excavaron con sus escritos pestilenciales los cimientos de los tronos que los hombres tenían por indestructibles.

Pero si para castigar los pecados de las Españas permitió este gran Dios que una reina infeliz y digna de lástima, se dejara dominar de un ministro indignamente elevado del polvo al solio, y para castigar también a estos mismos descargó sobre sus dominios el azote de Napoleón, azote de fuego encendido en el abismo; entonces fue, entonces cuando de una manera prodigiosa manifestó este Dios, dueño de los cetros, su voluntad decidida en favor

del joven Fernando para poner como realmente puso en su mano el cetro de ambos mundos; si permitió después, porque nuestros pecados y los de nuestros hermanos le obligaron a ello contra su genio de lenidad y mansedumbre, que Fernando fuese cautivo, lo permitió después que le afirmó en las sienes la corona y en la mano el cetro de ambas Españas con el juramento más espontáneo, libre, voluntario, público y gustoso de que el mundo ha sido testigo; y al punto que la traición más horrenda y vil del corzo detestable nos robó a Fernando, Dios hizo volar la noticia a sus vasallos cercanos y distantes, Dios tocó con su dedo los corazones, y por eso resonó por todas partes uniforme el grito del dolor, del enojo bélico, de la fidelidad y de la venganza, y todos denodadamente se decidieron a morir, antes que dejar de hacer cuanto les fuera posible por recobrar a su rey robado, y antes que doblar la rodilla delante del inicuo usurpador.

Yo veo clarísimamente que los volcanes de fuego de la artillería y fusiles, la pólvora y las balas las bayonetas y los sables del corzo, no estaban hacinadas en tanto número en Madrid y en todas las grandes poblaciones y fortalezas de la antigua España, para permitir que el cetro pasara de la mano de Carlos IV vivo ni muerto a la de Fernando VII, sino para impedir a toda costa que tal sucediera, para quitar a Carlos la corona y ponerla en la nefanda frente del corzo; yo veo por lo mismo, que con sobreabundancia de razón se pasmaron Murat y los demás satélites, al ver tan repentina e inesperadamente el cetro fuera de la mano de Carlos, y en la de Fernando con tanto júbilo y amor de la nación, que un solo francés no tuvo vigor de reclamarlo siendo tan suprema su osadía; veo que si Dios os hubiera querido separar las coronas de las Américas de la de Castilla, privarte Fernando de ambas o de alguna, hubiera sucedido lo que quería Napoleón y tanto había premeditado, mas porque no sucediera y contra las medidas de su diabólica política peculiar a los ojos de sus enviados para impedirlo, y dejándoles atónitos y aturcidos, lo hicisteis ¡Dios de los

imperios! de la suerte que la prudencia humana era incapaz de imaginarlo.

Si disteis licencia a las huestes napoleónicas para que como tigres sedientos de sangre se lanzasen sobre los españoles, fue después que con ambas manos, es decir, eligiéndole vos y haciendo que tan de grado le reconocieran y juraran fidelidad sus vasallos, afianzasteis entera y de todo punto la corona en la cabeza de Fernando.

Y si vuelvo los ojos a esta América veo que los ocultos fautores y agentes que el corzo tenía de antemano, tuvieron tiempo para vomitar la explosión mucho antes de que en esta capital y en todas las demás ciudades, villas y pueblos numerosos del reino se hiciera el juramento de fidelidad a Fernando; pero vos ¡oh rey de Sión y de todos los reyes! velabais en favor del derecho de Fernando, e hicisteis que en los más hermosos días de la paz, la religión nos atase con el juramento al cetro de Fernando, y que transportados de placer y gozo los americanos, viesen México y todas las poblaciones y aún los campos del reino, un tan sorprendente, repentino y entusiasmado bullicio de alegría y de lealtad en favor del joven monarca, cual no se lee que otra nación se conmoviese así en ocasión alguna semejante; así fue, que pueblos donde jamás se había hecho solemne jura, la hicieron a Fernando, y acuñaron medallas prodigándolo todo.

Yo veo en fin clarísimamente que habéis resuelto castigarnos con tantos males, pero no os olvidáis de que los españoles europeos e indios somos vuestro pueblo, y el pueblo de vuestra Madre Virgen, el pueblo que disteis particularísimamente a Fernando VII, y para que lo mande y lo gobierne por vos, puesto que los reyes en la tierra son lugartenientes de la divinidad, le conserváis la vida en el cautiverio, como al santo Pío VII por vuestra iglesia, y acaso faltan pocos días para que las lágrimas de dos tan distinguidos cautivos llenen la medida que exigís de sus ojos para restablecerles en sus tronos y arrojar para siempre al abismo eterno el azote de Napoleón.

Por esto, engañados insurgentes, veo que no puede agradar al Dios de los imperios, que intentéis quitar a Fernando VII el cetro que le ha dado; y veo por tanto, que habéis emprendido un imposible cual es deshacer lo que Dios hizo; ¿y cuál es el mortal tan temerario que ose, y cuál que tenga poder para destruir lo que Dios tan manifiestamente ha edificado?

Si, manifiestamente, porque yo lo veo también ¡o gran Dios! y con tal claridad cuanta deben apeteer los ojos más ciegos si desean ver, que son muchas las pruebas de que vos pusisteis en las manos de los monarcas españoles el cetro de las Américas, y tales que una sola sería suficiente para demostrar esta verdad, dejaré otras en el silencio, mas no callaré ni cesaré de bendeciros por esta sola.

Cuando la herejía de Lutero vomitó en Alemania, y extendiéndose tan velozmente como las llamas de un volcán en su más impetuosa erupción, destruía los altares y quitaba al catolicismo millares de millares de almas en Europa, entonces fue cuando nos enviasteis a Cortes y a los misioneros verdaderamente apostólicos a sembrar en el vasto terreno del nuevo mundo la semilla del evangelio sin duda, porque quisisteis ampliar el cuerpo místico de la iglesia, y que si perdía diez miembros en el mundo viejo, adquiriese mil por cada uno de ellos en el mundo nuevo.

Pasmoso es el número de los mártires cuya sangre regó el orbe antiguo para que al cabo fructificase la semilla, y la religión se entronizara; pero en las tierras feraces de América, ya que necesitaron algún riego de sangre de mártires, fue tan corto que puesto en parangón con la derramada en cualquiera otra nación, es como el pequeño vaso que puede beber un hombre respecto de un río tan caudaloso como el colorado al desembocar en el mar californio.

Yo veo enjambres de naciones idólatras, gentiles y feroces doblar la cerviz

delante de la divina religión como mansos corderos y la rodilla delante de los tronos de los reyes de España, a quienes vos Señor, entregasteis el cetro de su imperio, veo crecer y fructificar la semilla evangélica tan copiosamente, que registrando la historia del cristianismo, no hallo en toda la Asia, África y Europa terreno que con igual prontitud la acogiera en su seno, ni clima que la hiciese crecer, fructificar y propagarse tan abundantemente, en tan corto tiempo, ni que tan de corazón la retuvieran, la veo permanecer doscientos noventa y un años siempre en aumento, siempre pura, resplandeciente, incontaminada, en el regazo de una paz, de una unión y confianza recíproca y de una seguridad pública, que carecen de ejemplar en otros países del orbe; ¿y no he de ver que se debe a vuestra diestra que ha regado esta viña, y henchido las redes como en cierta vez las de los apóstoles? ¿Y no he deber que para conservarla tal cual ha sido, inspirasteis a los primeros reyes españoles a quienes la disteis, las leyes que prohibieron la introducción de los extranjeros y particularísimamente de los judíos y herejes en estos dominios?

Lo veo sin árbitro para dudar que el cetro de ellos es de Fernando VII por el título más sagrado y legítimo cual es el de vuestro dominio supremo y absoluto, y el de vuestro Cristo a quien disteis no menos el reino de los cielos que el de toda la tierra; lo veo, o Dios providentísimo, y no me canso de reflexionar y conocer que Napoleón es el grande francmasón que dirige la rebelión que destroza mi querida patria; y cuando vuelvo mis azorados ojos a los pecados con que hemos provocado y provocamos vuestra cólera, el terror estremece mis huesos, pues tampoco puedo dudar, mi Dios amabilísimo, cuan justamente se ha encendido contra nosotros vuestra ira omnipotente, y cuan ingratos somos puesto que con mas profusión que a las demás naciones disteis a los americanos tantos y tan copiosos dones; veo en fin tan robustos los juramentos dados en favor de Fernando y de las

cortes generales, después de tantos otros dados a los reyes católicos Fernando e Isabel y a todos sus sucesores sin intermisión, que cuando faltasen todos los demás títulos, este solo sería suficiente para que ningún católico que juró por sí mismo o por los que tienen la facultad de hacerlo por todos, encuentre arbitrio para eximirse de su sagrado vínculo.

DESENGAÑO 2º

Tomado de las instrucciones de Napoleón, y de la confesión espontánea de la Junta de Zitácuaro.

Dejadme lisonjear, engañados insurgentes, de que habéis visto ya el cimiento más sólido, y juntamente un poderoso desengaño sobre los cuales deberán levantarse los siguientes.

Repito que os hago la justicia de persuadirme a que estáis engañados, porque creo que amáis el ser católicos, y que no conocéis que se os ocultan las instrucciones y hasta el nombre de Napoleón para entregares a él; que vuestros seductores son agentes de aquel sacrílego impío, y conociendo tanto como él, que era imposible haceros abandonar de pronto la religión católica y la fidelidad al rey que os dio el dueño de todos los reinos; os fingen que no imaginan privarse ni privares de esta religión ni de esta fidelidad al trono que os han distinguido tan gloriosamente durante la carrera de tres siglos.

Pero esta es ya una verdad manifiesta no solamente a los que han leído "la falsa filosofía crimen del estado; los errores de Voltaire, y el oráculo de los filósofos modernos refutados, el deísmo refutado por sí mismo; la historia de Cagliosto; el catecismo del estado por el doctor Villanueva; el evangelio en triunfo; la historia secreta del gabinete de Paris; la centinela del señor Campmany; la política peculiar de Bonaparte, en cuanto a la religión católica por el excelentísimo señor Cevallos" y tantos otros libros luminosos, que si hubierais leído, habrían impedido vuestro engaño, y que deberían todos leer antes de hablar

y decidir sobre lo que no entienden; es también una verdad patente a cualquier racional que no sepa leer, mas sepa creer en Dios, y conocer que no es verosímil de ninguna manera que a la faz del mundo entero se atrevan hombres sensatos a publicar lo que si fuera falso, como os dirán que lo es los seductores, les desmentiría el mundo entero.

Son muchos los documentos, y muchos más los hechos notorios que demuestran esta verdad; de algunos me valí para manifestarla en los papeles que imprimí antes; pero ahora solo hablaré de dos de aquellos recientemente descubiertos y publicados; son tan claros que los ciegos mismos verán por ellos el engaño con que les han seducido los agentes de la rebelión.

Aquel héroe que tuvo fortaleza para contradecir cara a cara y con vigor tan sabio como denodado al pérfido corzo en medio de la red de Bayona, el señor Cevallos, en el citado cuaderno de oro reimpresso en México pocos días ha, pone a la letra la instrucción que Bonaparte dirigió al otro impío italiano Servelloni, cuando aún se fingía católico, en esta instrucción desenvolvió los senos de su corazón incrédulo y sacrílego, albergue de un odio luciferino contra esta religión sacrosanta.

Allí llama *supersticiones humanas* la creencia y las máximas infalibles y eternas del catolicismo, no menos que los usos de la iglesia y los de sus hijos sin exclusión de alguno; *preocupaciones religiosas* denomina lo mismo: "hay, dice, una absoluta oposición entre la filosofía del directorio francés, y las opiniones del pueblo en materia de religión;" llama "espesar las tinieblas del error el empeño de los potentados católicos dirigido a conservar en los pueblos la fe santa; el viejo y decrepito ídolo a quien inciensan," son los epítetos que escupe su boca sacrílega al santísimo papa Pío VI que entonces gobernaba la iglesia: "este viejo ídolo, añade, será aniquilado, porque así lo exigen la libertad y la filosofía."

No puedo contener mi pluma que me obliga a reflexionar que *hay una absoluta*

oposición entre lo que permiten y mandan a los insurgentes de Nueva España sus seductores, y los mandamientos de Dios y de la iglesia; la libertad y la independencia prometidas a la Francia y a toda la Europa por todos los revolucionarios fueron unas quimeras que bien a su pesar experimentan ya los que las creyeron, que fueron el pretexto para vendarles los ojos a fin de encadenarles y atarles al carro de la más vergonzosa y cruel esclavitud del corzo a quien detestan; las mismas libertad e independencia prometieron Hidalgo, Allende, Morelos y los otros caudillos de las gavillas de Nueva España; libertad e independencia imposibles al hombre caído del estado de la justicia original; libertinaje más bien para familiarizarlos con lo que la religión no consiente, y positivamente prohíbe, para que cuando encenegados vosotros en los vicios, se crea oportuno, se os persuada con facilidad a apostatar de la religión de Jesucristo y también a aborrecerla; libertad e independencia, que aún en el estado de la inocencia no fueron concedidas para que Adán y Eva obrasen contra la ley de Dios, y así fue, que al punto que la quebrantaron comenzaron a padecer las penas de su desobediencia; los que se apropian el nombre de filósofos, y no lo son, los seductores que como la serpiente indujo a Eva a perder el paraíso terrenal, se imaginan y creen a todos los racionales en el estado de la inocencia y justicia original, cuales habían salido de la mano del Criador; entonces sí, que con aquella bienaventuranza comenzada en la tierra, eran compatibles la libertad e independencia que no lo son en el estado de la naturaleza caída por el pecado; caída de la cual no es posible dudar solo con abrir cada hombre los ojos sobre el mismo: ¿a dónde pues, ira el hombre cual existe que no encuentre quien le domine, si no renuncia para siempre a todos los beneficios y conveniencias de la sociedad de sus semejantes, y se aísla en una caverna tan desierta y retirada, que jamás se le pueda acercar allí otro hombre? Con todo, aspirando estos filósofos a la libertad de sus pasiones, ni aún en aquel retiro la ha de encontrar alguno

impunemente; porque allí le hallará y verá siempre el perspicaz ojo del Dios que ha de juzgarle, allí le seguirá la ley de este Señor, que lejos de consentir esa rienda suelta, nos intima una perpetua guerra contra nuestras pasiones.

Vosotros engañados, a quienes tanto se ha decantado la libertad y la independencia, si abris los ojos a vuestra propia experiencia ¿cómo dudareis siquiera que siguiendo el partido de los que os han seducido desde el primer momento que os listasteis en él, habéis padecido muchas privaciones de gustos, de bienes, de tranquilidad etcétera, y todo ¿por qué? por subordinaros a ellos, por obedecerles, por ganarles la voluntad; y por el interés de que mejoren vuestra suerte no habéis sido sus esclavos verdaderos, sujetos a las leyes y caprichos que os han impuesto? ¿Y que otra cosa hace el esclavo de un sultán sino sujetarse a las leyes de su capricho?

Os han dado libertad para derramar la sangre inocente de vuestros hermanos redimidos con la inestimable de Jesucristo, libertad para robar y destruir sus bienes, para soltar el freno a la impureza, y para otros vicios y crímenes; ¿pero qué?... ¿no hay Dios eterno, inmutable y justiciero? ¿Ó por ventura vuestros jefes aniquilaron a este Dios? El pavor se para en los cabellos solo al preguntar esto; pero siendo innegable que Dios existe y ha de existir eternamente, tan entero y cabal en todos sus atributos y perfecciones infinitas, como existía en la eternidad sin principio antes que su bondad estableciera el tiempo, ¿cómo no veis que con esa libertad os han remachado en el cuello la argolla de la cadena de la esclavitud del demonio? Cotejad esta libertad con los sustos, con los peligros, con los temores, con los remordimientos que os acosan en cualquier lugar que piséis; cotejadla con lo que os mandan, y con lo que obedecéis a vuestros caudillos, y decid, ¿si es mas bien una esclavitud la más cruel? ¿Dónde esta pues la libertad e independencia que os prometieron? ¿Donde siquiera la posibilidad de conseguirlas? Aún en el caso imposible de que

arrancarais de la mano de Fernando el cetro ¿pensáis que la conseguiríais?

!Ah! que el tigre agazapado para no ser visto ni sentido bajo las ramas espesas del matorral, atisba y acecha la liebre acosada por los galgos que la persiguen hasta que los ve cercanos; entonces salta, desenvaina las uñas, lanza las garras, aferra, engulle y devora la liebre y los galgos, así Napoleón, escondido bajo las enmarañadas conciencias de vuestros caudillos, acecha la ocasión para aferrar con garras y dientes la Nueva España; y si él no consiguiera la presa ¿sois tan estúpidos, que creáis que no hay otros tigres que acechen y la aferran? y cuando faltasen fuera, ¿creía que no los habría tan ávidos entre vosotros mismos? ¿Y esperáis que el que fuese, aunque naciera católico, continuaría siéndolo, y os dejaría serlo? Pero sabiendo que el corzo aborrece la religión católica, y quiere que todos lo aborrezcan; y que sus sectarios y agentes no tienen ley que más exactamente obedezcan que la voluntad de este monstruo de iniquidad, no debo detenerme, sino ponerlos delante sus palabras, prosigamos, pues, sacándolas de su instrucción a Servelloni.

Allí le dice: "la república cisalpina debe ayudarnos y preparar sus pueblos al desprecio de la doctrina católica; hacerles desear la ruina de esta religión, y empeñarlos por sus intereses personales en su destrucción."

¿Cómo es, americanos seducidos, que no conozcáis que al pie de la letra se esta practicando con vosotros esta instrucción napoleónica? ¿No veis que él no dice que se debe decir abiertamente a los pueblos católicos que desprecien la religión, sino que se los debe ir preparando para que la desprecien? ¿No advertís que si abiertamente no se os manda por los agentes de aquel sacrílego, despreciarla, os van preparando y disponiendo para que lo hagáis, permitiéndoos y aun pintándoos como servicio de Dios lo que es tan contrario a su ley, lo que os deja al arbitrio de vuestras pasiones, y lo que al cabo debe parar en despreciar la religión católica y desear su ruina?

Saben que mamasteis con la leche el amor a esta religión, y que por mas que seáis grandes pecadores, no querréis perder la esperanza que ella os da de arrepentiros y poseer la gloria, que os aterrará y retraerá la propuesta de haceros herejes, y mucho más la de negar que hay Dios, o al menos negarle la providencia con que todo lo dirige y gobierna; conocen por lo mismo, que para llevaros al cabo de su plan es ahora necesario esconderlo de vuestros ojos, hasta que fascinados por el filosofismo, lo insoportable del peso de las iniquidades que aumentareis de día en día os precipite al fondo de la incredulidad y de la irreligión, saben que juntamente mamasteis la fidelidad al trono español, y que amáis singularmente al cautivo Fernando VII como a vuestro legítimo monarca, y que si os dijieran abiertamente que la insurrección termina a quitarle el cetro, ninguno de vosotros se prestaría para ello, así que, como astutos manejadores de los resortes del corazón humano, os dicen ahora que nada hay más ajeno de sus proyectos, que el dejar de seguir siempre profesando el catolicismo; que aman a Fernando y quieren conservarles sus dominios, que se glorían de ser sus vasallos y que lo seáis vosotros, y que vuestra adhesión a este rey amable y vuestra lealtad merecen el aprecio y la admiración del orbe todo.

Pero si estuvierais sobre aviso, como os amonesta San Pablo, para no ser engañados por el filosofismo francés, observaríais que en los primeros días de vuestro alistamiento en sus banderas, si estabais hasta entonces acostumbrados a frecuentar los sacramentos por ejemplo, os alabarían esta práctica, y tal vez tal vez... ¿cómo os lo advertiré sin lastimar justísimamente el delicado temple del profundo respeto que rindo de buen grado, y todos debemos rendir a la dignidad del sacerdocio, aún cuando veamos algún miserable sacerdote sumergido en los crímenes mas horrendos; aunque le veamos en el infierno, pues hasta en el infierno debe ser respetada una dignidad tan sublime? Pero ¿para qué me detengo, sabiendo que tantos, tan ejemplares y dignos sacerdotes que para nuestro remedio y

consuelo conserva el señor en medio de nosotros, lloran hoy particularísimamente por los extravíos de algún lobo, que disfrazado de pastor, permitiéndolo Dios en castigo de los pecados de los seculares, devora el rebaño del dulcísimo Jesús? Tal vez este lobo os engaña más que otro alguno, fingiendo santidad que no tiene, y si hay os dice que debéis huir del pecado venial, mañana os persuadirá que no hagáis caudal de él, y el día siguiente os dirá que, el que sabéis muy bien es mortal enormísimo, no es mas que venial, y así seguirá, por grados sumiéndooos en la impiedad e irreliación.

Ven, por ejemplo, los profesores de este filosofismo, que la joven doncella armándose con la frecuente comunión conserva su pureza; tratan de quitarla este tesoro, y para conseguir su inicuo designio, se guardan de intentar persuadirla que Jesús no esta en la Eucaristía, porque saben que ella opondría su fe ortodoxa y su experiencia de las celestiales dulzuras que Dios comunica a las almas que le reciben dignamente; dulzuras que si no gozamos todos cuando comulgamos, es por nuestra culpa, por que no lo hacemos como debemos; así pues, la ponderan la certeza de la real existencia del Hombre Dios en la ostia consagrada; su bondad y amor a los hombres, pues por darles su cuerpo y sangre sobre nuestros altares obedece a la voz del sacerdote, aunque este se halle en pecado mortal. Mas por lo mismo la exageran luego quanta dignidad y pureza son necesarias para llegar a la sagrada mesa; la hacen temer, no con el temor santo y filial, que jamás debe apartarse de quien comulga, sino con un temor mundano, con una desconfianza indigna de la virtud del sacramento de la confesión, y como nadie puede hallar en sí una santidad y pureza angélica, y tanto menos la han hallado aún los mayores santos cuanto más profundo y grande ha sido el cimiento de su humildad, sin el cual ninguna virtud puede edificarse, tanto más le hacen huir de recibir el pan del cielo; pasa de ahí a la desobediencia, de esta a la frialdad, de aquí a la tibieza, y al cabo se abandona a creer opiniones laxas y las prefiere a la palabra de

Dios, cayendo por grados, y casi sin sentirlo, del estado feliz de la santidad en el abismo del error, y en aquel desprecio de la religión que Bonaparte recomendó al satélite italiano.

¡Gran Dios! que arranques de la tierra todos los montes con un terremoto, o sin él, pues te basta querer para hacerlo, y amontonándolos tu mano encima de cuantos existimos, muramos aplastados de su peso antes que veamos que por un castigo justo de nuestras iniquidades, consientes que tu divina religión huya de América, y se suplante la incredulidad del filosofismo, progresando en la desunión que han comenzado a introducir las artes napoleónicas de la seducción y del engaño.

Ni me será difícil creer que algunos de vosotros, los mismos que habéis sido primeros seductores no habéis conocido que se os engaña y esconde el áspid entre flores; porque en el tenebroso sistema de los francmasonas todo va en tinieblas y reservas; el jefe principal se llama maestro invisible, porque son rarísimos los que le conocen de los mismos que le obedecen; saben que si presentaran todo el veneno con que atosigan, no habría racional que horrorizado no rehusara el tomarlo; y así lo dan al modo que los médicos el opio, primero una píldora dorada con capa de religión, luego qua aquella se tragó y digirió bien, dos, después tres, y así poco a poco hasta que infurtido el corazón en la iniquidad y familiarizado con ella, la bebe como agua.

Sigue la instrucción llamando al santísimo Pío VI *el Lama de la Europa*, y descubre entre los arbitrios prevenidos para destruir la religión, el de darle un sucesor cuando falleciera, no porque quisieran los llamados filosofos que se conservara la cabeza visible de la iglesia, sino porque no podían todavía entonces llevar al cabo su inicuo plan. Murió Pío VI cautivo; pero murió como digno sucesor de San Pedro, frustró Dios los designios de los impíos, haciendo la elección de Pío VII y cautivo también por el corzo, rodeado de sus espías y bayonetas, da cada día en su cautiverio una nueva prueba de que las potestades del

infierno no prevalecerán contra la iglesia; el tirano rechina los dientes de furor y de rabia, y acabara de rompérselos aquel roca de la fe de Pedro que tan gloriosamente padece y con tan divina fortaleza se mantiene inflexible.

Así es, que en vano el corzo dijo: "la extirpación del papado no es solamente el negocio de Roma, sino también de todos los países emponzoñados con el catolicismo."

¡O Dios! ¡O Dios incomprensible y justo y adonde llega la estupenda malicia del pecado, pues para castigar los de los hombres permitisteis que así escribiera ese monstruo de impiedad, y aún le tienes vivo en tu mano, como el látigo de tu justa indignación! Apíadate, Señor, de los americanos que detestaron su política peculiar antes de haber leído esta instrucción suya, y que han tenido la desventura de empezar a ser verdaderamente emponzoñados, para que iluminados por tu luz vean adonde les conducen, y cuanto les engañan, y huyan del borde, en que se hallan de tan horrible precipicio; de un precipicio que tu mano misericordiosa sacaba sin cesar con las victorias que das a los católicos ejércitos del rey; de un precipicio que como las costras de los montes socavadas por las llamas de los volcanes, y vencidas de su peso caen, caerá de un momento a otro desmoronado entre los pies de tantos infelices engañados, y caerán ellos mismos en el abismo de las llamas, si no huyen antes del momento que ignoran.

¿Y qué otra cosa deben esperar siguiendo a los agentes del corzo que tuvo la osadía de escribir estas palabras: "el directorio quiere que el papa perezca absolutamente cuando sea oportuno, y que con él sea sepultada su religión."? No quiere él otra cosa que la que quería el directorio, y si no ha quitado la vida al santo Pío VII es porque como lo dice muy luego y antes lo dijo, teme a los católicos, aún a los que tiene atados a su coyunda de hierro.

Lava de la ignorancia humana, superstición que tiene esclavizados a los católicos;
llama la divina religión que profesamos, y en seguida ved la libertad que concede a los

mayores crímenes y pecados, con tal que los hombres sirvan a sus designios; vedlo y temblad, reflexionando y cotejando con lo que habéis visto y experimentado, y con lo que debéis esperar, ver y experimentar siguiendo la bandera diabólica.

"No ha castigado, *dice*, algunos criminosos, porque son también muy útiles para derribar la religión, pues habiendo sido sacerdotes, su ejemplo tiene la influencia más eficaz sobre el pueblo.... para destruir la religión; imite usted a la Francia, pero con prudencia; encienda usted la discordia entre los sacerdotes; busque usted entre estos los más enemigos de la religión, y en ellos encontrara los apóstoles de la filosofía castigue usted los obispos que se atrevan a turbar estos misioneros de la libertad, y reprima los fanáticos que rehúsen asistirlos."

¿Quis talia fando temperet a lacrymis? ¡Dios inmortal! ¡Tremendo Dios! ¡Dios de las venganzas! ¡Rey de las gentes! ¿Quién no temerá, sabiendo que toleras, pero que llegará sin falta el momento de tu justicia? ¿Y quién leyendo estas instrucciones de Napoleón, y volviendo los ojos a su emisario Dalmivar trazando con Hidalgo Costilla y con Allende los planes de la rebelión, quién que les vio empezarla, y mira a Correa, a Morelos y otros proseguirla, podrá dejar de anegar sus ojos en lagrimas? Reflexionad, seductores y seducidos americanos, ved cuán indubitable, cuán verdadero es lo que antes de haber leído esta instrucción habían conocido y demostrado muchos sabios, y hasta un ignorante cual yo soy, a saber, que esta insurrección es obra de Napoleón, que tira a exterminar de América la religión católica y la fidelidad al trono español, para echar la garra como la echó sobre la Francia, Roma, Holanda, etcétera, que siéndole imposible vencer a la única nación heroica que tuvo el vigor de resistirle, y que tantos torrentes de sangre y tantos caudales le ha costado, solo ha creído poder conseguirlo haciendo a los americanos el desastroso mal de la guerra civil para privar de sus socorros a la España. Ved que el amigo más fino del corzo

abominable, y el más favorecido por él, no le puede hacer un servicio mayor, que el que le hacéis vosotros todos los que sembráis la desunión y el odio, y los que mantenéis la guerra en un país que era poco ha el mas dulce y puro domicilio de la religión y de la paz.

No hay quien ignore que en Italia, España y en todos los países católicos, tuvieron todos los revolucionarios de la Francia y tuvo el corzo por agentes principales a los malos sacerdotes, cuyo sacratísimo carácter es tan digno de veneración, como dignos de horror y detestación los crímenes de los que teniéndolo se olvidan de lo que deben ellos mismos venerarlo para no teñir en sangre de los redimidos con la de Jesucristo las manos ungidas con el crisma santo; las manos consagradas para manejar el cuerpo adorable del Hijo de Dios vivo. Y como los malos sacerdotes Hidalgo, Mercado, Tapia, Morelos y otros pocos caudillos de los insurgentes de este América, no se han conducido con inferior descaro que los malos sacerdotes europeos, es forzoso asentar, que si estos tuvieron tanta influencia en aquellos pueblos por su mal ejemplo, aquí los sacerdotes la tienen mayor, tanto que los más de vosotros no tuvisteis otra razón para decidiros a seguirles, que la extremada y justa veneración con que siempre les hacéis distinguido; respetad, si, el carácter sagrado y su dignidad que les hace Cristos; mas no respetéis ni imitéis los crímenes de los malos sacerdotes, que abusando sacrílegamente de él, y de vuestra ignorancia, por la cual Dios exigirá de sus manos vuestras almas, conspiran contra la religión que lo imprimió en las de ellos, y contra el trono que les allanó las sendas para obtenerlo; ¿cuándo la santidad y la pureza del catolicismo hizo lícito a ninguno el pecado ni el crimen, porque se escudara con el ejemplo de un mal sacerdote? ¿Cuándo consintió que se atribuyeran al sacerdocio los crímenes y pecados de los malos sacerdotes? La ley de Dios inmutable y eterna, condena el mal que hace un sacerdote corrompido, como el que hace el lego corrompido, y castiga más el de aquel, porque en razón de la dignidad es mayor su pecado; mayor su escándalo, mayor

su delito.

Cuando vemos esos sacerdotes desdichados sanguinarios ministros de la guerra, por mas que se rasguen de dolor los corazones, no es posible olvidar el texto sagrado de Isaías en el capitulo primero, rehuye mi pluma al copiarlo, pero quisiera esculpirlo en cada uno de vuestros corazones, para que reconociendo que no habría malos sacerdotes, si no fueran tan graves los pecados de los seculares, abráis los ojos al desengaño, y reformando todos los hombres y mujeres nuestras vidas, quitemos de la mano del Señor este horrendo azote de su ira.

Oíd a Dios: "Ya que visité inútilmente a Israel en mi enojo, y de nada le han servido todos mis castigos, yo le enviaré profetas falsos, le enviaré pastores que con sus ejemplos le seducirán y escandalizarán, no puede llegar a más mi indignación."

¿Lo oísteis miserables seducidos por esos sacerdotes impostores? ¿Lo oísteis y no abrés los ojos para conocer que os han engañado? Lo oísteis, ¿y no advertís todavía que si Dios ha permitido que esos sacerdotes prevaricaran, su prevaricación no es solamente castigo de sus pecados propios, sino principalísimamente castigo de los nuestros y de los vuestros? ¿Lo oísteis, y no reconocéis hasta qué grado ha subido la malicia de los pecados, que ha obligado a Dios a llamaros con el castigo mayor que en esta vida halla en su indignación, que es, haberos enviado sacerdotes malos que con sus ejemplos os han seducido y engañado? !Ah! que no ignoráis que no ya cuando un sacerdote malo, sino un ángel que bajara del cielo os dijera que cometieseis un solo pecado mortal, no deberíais creerle; ¿cómo pues habéis creído a hombres prostituidos a los vicios, que os aconsejan, consienten y autorizan la infracción de los más claros mandamientos de Dios? ¿Cómo no veis que hacen lo mismo que Napoleón, que deja sin castigo los crímenes por la utilidad que a sus proyectos resulta del mal ejemplo de los delincuentes? ¡Ay desventurados para

siempre los que oyendo el trueno del rayo fulminado en estas palabras divinas, en esta terrible amenaza, y viendo que ha sido arrojado en medio de vosotros por la mano indignada de un Dios vengador de sus ultrajes, no sintiereis que hace mella en vuestros corazones! tal insensibilidad será la funesta señal de que el endurecimiento y la ceguedad han llegado en vosotros al horroroso punto de la impenitencia final; que veréis la muerte encaramada encima de vosotros, clamareis tal vez entonces a Dios que se ha retirado de vosotros; mas no os oirá, y moriréis en vuestro pecado.

Tened compasión de vuestras almas; reflexionad por último que lo que más inflama el odio del corzo a la divina religión, lo que más le agita y hace dirigir contra ella los tiros y esfuerzos de todo su empeño, es que sola ella defiende a los pueblos de sus garras sangrientas; donde domina la herejía, el corzo no teme las armas, las murallas, las fortalezas ni otra cosa alguna; todo lo desprecia y olvida, porque allí fácilmente se apodera de todo, al punto que ha querido ha encadenado todos los reinos que alojaban la herejía en su seno; pero donde el catolicismo dominaba ¡cuánto tiempo, cuántas vigiliias, cuántos caudales y cuántos millares de vidas de hombres le ha costado! y jamás lo consiguiera si los pueblos no se hubieran dejado seducir y apartar de la muralla inexpugnable de las prácticas religiosas con que les defendía el catolicismo. Vosotros habéis empezado a separaros de esta muralla y no tenéis privilegio alguno para no sufrir igual suerte a la que aquellos han corrido, si no volvéis con tiempo a refugiaros en ella, llegareis a arrojar de vuestra patria con vuestras manos la religión católica, si Dios en castigo de vuestra obstinación resolviere quitarla de este suelo que habéis ensangrentado; pero Dios a los unos os arrojara luego luego a las llamas eternas, y a los otros después que hayáis arrastrado algunos días las cadenas del corzo o de otro tirano.

Si nada de lo dicho os desengaña, siendo ello tan poderoso y convincente, a ver si

viendo que vuestros caudillos mismos desenvuelven el fondo de sus corazones, y ponen de manifiesto lo que en ellos encierran, os rendís a tamaño desengaño; a ver si ya que no creáis a Napoleón ni a vuestra experiencia, ni tampoco creáis a Dios que os habla por su profeta, a ver si creéis a Rayón, Verduzco y Liceaga.

Cuando se creyeron invencibles en Zitácuaro, cuando erguidos creyeron que allí era su triunfo infalible, antes de su fuga de aquel formidable refugio, del cual les arrojó el Altísimo por medio de los campeones mandados por el dignísimo señor Calleja, y protegidos por la invicta Madre de Dios bajo su advocación de los Remedios, dirigieron aquellos al hoy también derrotado Morelos, la carta que original halló entre los papeles de este el triunfante Calleja, la cual se ha publicado en la gaceta de 9 del corriente mayo; si no la habéis leído, leedla toda:

"Reservada.— Habrá sin duda reflejado vuestra excelencia que hemos apellidado en nuestra junta el nombre de Fernando VII que hasta ahora no se había tomado para nada, nosotros ciertamente no lo habríamos hecho, si no hubiéramos advertido que nos surte el mejor efecto. Con esta política hemos conseguido que muchos de las tropas de los europeos desertándose, se hayan reunido a las nuestras, y al mismo tiempo, que algunos de los americanos vacilantes por el vano temor de ir contra el rey, sean los más decididos partidarios que tenemos. Decimos vano temor, porque en efecto no hacemos la guerra contra el rey; y hablemos claro, aunque la hiciéramos, haríamos muy bien, pues creemos no estar obligados al juramento de obediencia, porque el que jura de hacer algo mal hecho ¿que hará? Dolerse de haberlo jurado y no debe cumplirlo. Esto nos enseña la doctrina cristiana. ¿Y haríamos bien nosotros cuando juramos obediencia al rey de España? ¿Haríamos por ventura alguna acción virtuosa cuando juramos la esclavitud de nuestra

patria? ¿O somos acaso dueños árbitros de ella para enajenarla? Lejos de vosotros tales preocupaciones. Nuestros planes en efecto son de independencia; pero creemos que no nos ha de dañar el nombre de Fernando, que en suma viene a ser un ente de razón."

La data de esta carta frió en Zitácuaro a 4 de septiembre de 811, y no necesita comentarios para que todo el mundo entienda, que solamente para engañaros toman el nombre de Fernando VII porque conocen que vuestro amor a Fernando, vuestra fidelidad y lealtad incontaminadas, solo por el engaño pudieron ser sorprendidas; no dicen tan abiertamente que lo entendáis todos, que sus planes terminan juntamente a separares del catolicismo, porque os conocen todavía amantes de esta sublime religión, y creen que si entendierais que os la quieren quitar, abandonaríais sus banderas impías. Es necesario para que hablen más claro esperar a que cebados mas bien en los vicios del libertinaje que os autorizan y consienten, os vean en estado de persuadiros que no hay Dios, que no existe la gloria infinita que la religión os promete, ni el infierno con que os amenaza y con que castiga a los que mueren impenitentes. Ya no tardaran en iros preparando con persuadiros que no tenéis alma inmortal, ni dejarán de haceros la honra do que os tengáis por unas máquinas de materia con movimiento, en nada, sino en la figura, diferentes de los cerdos, de los asnos, etcétera, los cuales os dirán que fueron producidos por el acaso; ya os dirán que no hay otra felicidad que la satisfacción de vuestras pasiones sensuales, mientras dura esta vida, y que con ella acabareis para siempre como los brutos y los troncos; pero ellos no podrán alargaros la vida siquiera un minuto más sobre los que quien os sacó de la nada os tiene prefijados a cada uno; ellos no podrán esconderos de su juicio tremendo.

Y no puede dudarse ya por el tenor de esta carta, que su verdadero designio no es otro que erigirse en soberano el que más pueda para esclavizares a su placer, como Napoleón su maestro esclavizó a los franceses luego que les vio correr enloquecidos en pos

del fantasma que les fingió de la independencia y la libertad. Su designio es juntamente exterminar la religión católica, de la cual no se burlan menos que de Fernando; ¿no veis cómo se abusa de vuestra ignorancia para querer persuadir con un sofisma ridículo, que no debe cumplirse un juramento de fidelidad tan sagrado, tan libre, tan justo?

Cierto es que la doctrina católica nos enseña que si juramos hacer algún mal, lejos de cumplirlo nos arrepintamos de haberlo jurado y nos dolamos de ello; pero es positivamente, falsísimo que jurando a Fernando VII hayáis jurado de hacer un mal, cual sería esclavizar la patria y disponer de ella como si fuerais sus dueños; jurasteis y juramos todos los americanos libre y gozosamente lo que la religión, la justicia y el honor nos mandaron jurar, sin violencia, engaño, error, ni sombra de ello, y quien así jura y jura tal cosa, de ninguna manera debe dejar de cumplirlo, si no quiere ser reo de un perjurio delante de Dios y de los hombres.

Lo mandó la religión; ella con el ejemplo de Jesucristo nuestro capitán, jefe y modelo nos la pone delante como hombre vasallo de Augusto emperador romano, y por obedecer su edicto, antes de nacer fue a Belén en el vientre de su Madre virgen; apenas nacido le persigue de muerte Herodes, extranjero y usurpador del trono de David; del trono que pertenecía a Jesús, y en el cual debía sentarse según la profecía de Isaías, y le pertenecía tan claramente, que Herodes no le persiguió y no hizo tan espantosa carnicería de niños, sino porque conoció su derecho y temió que lo reclamara y le quitara el reino; mas mi dulcísimo Jesús dio entonces la primera lección que repitió, como ya dije, cuando los judíos querían hacerle rey, de no oponer a los reyes otras armas que la paciencia y la fuga, pero jamás rebelarse contra ellos, ni hacer conjuraciones, aun cuando sean tales como Herodes.

Después a presencia de sus apóstoles pagó el tributo a César, y para pagarlo como el

más sumiso vasallo, antes que omitirlo ni aún demorar esta obediencia y reconocimiento de la potestad soberana, hizo el milagro de que la moneda se hallase en la boca de un pez. Reconocidos los judíos testigos de sus milagros, quisieron proclamarle rey; mas como siempre declaró que su reino no era de este mundo, y siempre reprobó la rebelión, huyó para frustrar el proyecto de los judíos agradecidos.

Preso y calumniado tan inicuaamente, que Pilatos a pesar de su miedo servil al pueblo, declaró que no hallaba contra él causa ninguna, con todo de que al fin le sentenció a muerte, reconoció en este juez la potestad legítima emanada de su padre celestial a César y comunicada por éste a Pilatos, y por ella se dejó crucificar y murió tan sangrienta y afrentosamente.

Resucitado y conversando todavía con sus discípulos, jamás les enseñó otra doctrina, y lejos de que oyeran de sus labios divinos que fuese lícito a ningún vasallo, por conseguir la libertad, la independencia, ni por otro motivo sustraerse de la obediencia de su rey, y creerse desobligados de cumplir el juramento de fidelidad al trono, declaró siempre con las palabras y las obras, que toda potestad emana de Dios; que por Dios reinan los reyes, aun los más inicuos, que los que nacieron vasallos deben respetar a los reyes buenos o malos como al mismo Dios; que no hay potestad alguna sobre la tierra que libre o absuelva a los cristianos del juramento de fidelidad, pues ni Jesucristo la uso jamás, ni la dio a San Pedro, ni a otro alguno.

Por esto los apóstoles y sus sucesores, y tantos millones de mártires, confesores y vírgenes aun cuando los ejércitos de los tiranos estaban llenos de soldados cristianos, y les era muy fácil exterminar a tales reyes, jamás, jamás intentaron rebelarse contra ellos, ni creyeron les fuese lícito hacerse libres o independientes, por el contrario, no tenían los emperadores y reyes vasallos más sumisos ni mas leales, ni soldados más fieles y valerosos

que los cristianos, como Tertuliano y otros padres de la iglesia lo demostraron.

Ellos sufrieron las cárceles, las cadenas, los calderos de aceite hirviendo, los hornos encendidos y las parrillas, los garfios y cuchillas, y los más espantosos tormentos, reconociendo en sus propios tiranos la potestad de Dios, mal empleada por estos inicuos, si, pero que su abuso no la quita el ser potestad de Dios; ninguno de tantos que hoy pueblan el cielo, ni de los que irán a él en adelante, se creyó ni se creará desobligado de cumplir el juramento de fidelidad, ni de la obligación de vivir subordinados, no a los reyes que cada uno se quiera elegir, sino a los que haya ocupando los tronos y a los que mandan los pueblos en nombre de los reyes.

Aquellos cristianos ortodoxos estaban nutridos con la leche pura de la doctrina de San Pablo, este grande apóstol de las gentes, a quien aquel señor que le derribó del caballo, le subió hasta el cielo para ilustrarle; este clarín del evangelio, cuya eminente santidad obligó a un sabio tan grande como San Juan Crisóstomo, a consagrar a su alabanza tantas y tan elocuentes como nerviosas homilías, en las cuales examinando una por una y realzando con su sublime ingenio las virtudes de tantos justos del viejo y nuevo testamento desde Abel, manifestó a Pablo superior a todos; aquellos cristianos, digo, siguieron la doctrina de este insigne maestro de la verdad, el cual tan perseguido de las potestades terrenas, no hizo otra cosa que huir, según el ejemplo de su divino Maestro, y ser al fin como este, víctima del furor y de la tiranía de Nerón. No solo había mandado en Roma hacer rogativas por este monstruo, sino que escribió la primera vez a Timoteo, que era grato a los ojos de Dios que los fieles cristianos hiciesen oraciones por todos los reyes, entonces todos idólatras, y casi todos tiranos y perseguidores encarnizados de los católicos; a estos reyes, escribió a Tito debían los fieles estar sujetos y obedecer sus mandamientos como los del mismo Cristo, en temor, temblor y sinceridad de corazón; a los efesios mandó que sirvieran a sus príncipes,

no como a hombres, sino como al mismo Dios, quien o castigará la desobediencia, o premiará la obediencia que a ellos deben, como al mismo Dios la hubieran negado o prestado. En su carta a los romanos emplea todo el capítulo 13 rebatiendo el error de los que, como los herejes abusan de la libertad concedida por Jesucristo para no someterse a la potestad del soberano; al cual hace este apóstol empuñar la espada del mismo Dios, lo reviste de su autoridad, consagra sus derechos, grava nuestras conciencias, y amenaza con el infierno a los rebeldes.

Sabían también todos estos cristianos que San Pedro, cabeza de los fieles, no les pidió armas en Jerusalén para librarse de las prisiones, sino solamente oraciones; y en la primera carta que les dirigió, no solo rebatió el mismo error, que San Pablo sobre los mismos principios, sino que declaró expresamente que la voluntad de Dios es que se obedezca no solamente a los reyes buenos y modestos, sino también a los perversos y tiranos, *porque, añade, esta es la gracia de nuestra vocación, sufrir las injusticias como Jesucristo que nos dejó este ejemplo para que sigamos sus pasos.*

Por esto después de los apóstoles, los Basilio, los Atanasios y los Crisóstomos, dieron por respuesta a las órdenes de los tiranos partir gustosos a los destierros, sin oponer otra defensa, como dice el último, que las armas propias de un obispo que son solamente las oraciones de sus diocesanos, así respetaron la potestad de los tiranos, sin embargo de que pudieron armar contra ellos a sus diocesanos con su pasmosa elocuencia, mucho más fácilmente que Demóstenes armó con la suya a los atenienses contra los macedonios.

Por lo mismo, los primeros cristianos juraban por la persona de los reyes como por la cosa más sagrada, sin dispensarse jamás de cumplir su juramento; por más que ocho siglos fueron perseguidos a sangre y fuego por príncipes ya gentiles, ya herejes, o por sus patronos, jamás, jamás les faltaron a la obediencia, respeto y fidelidad tan intimadas por el

dulcísimo Jesús, por sus apóstoles, por los concilios, por los padres de la iglesia, de una vez por la cristiana religión.

¿Y cómo la verdadera y celestial filosofía de esta religión había de permitir que los cristianos encendieran jamás la tea de la sedición y rebelión, de la discordia y desorden, cuando al nacer Jesús en un establo hizo a sus ángeles anunciar al mundo la paz, cuando en toda su vida siempre reglada por la caridad, por la lenidad y mansedumbre hizo tanto por conservarla, y cuando, como lo referí en la memoria cristiano política sobre los males de la desunión, la noche de su tierna y amorosa despedida, víspera de su muerte dijo a sus discípulos.— Os dejo mi paz; mi paz os doy; y para manifestarles que no podrían conservarla sin la concordia y unión fraternal, elevó a su padre esta sublime petición;— *¡Padre santo guarda en tu nombre a los mismos que me diste, para que todos sean uno solo, al modo que tú y yo somos uno solo!* ¿Cómo había de querer que los cristianos rompieran esta unión, y desterraran esta paz, si en esa noche les repitió muchas veces que todos fuesen uno; que formasen un solo rebaño y un solo cuerpo, del cual él era la cabeza?

Pensad ahora, engañados insurgentes, si los apóstoles de la filosofía infernal de los franceses podrán desataros el vínculo de tan sagrado juramento, en favor de un rey tan legítimo y tan católico como Fernando VII.

Pero por más que deseando no cansaros con la difusión, sujeto el torrente que la fecundidad del asunto agolpa sobre mi tosca pluma, no he de impedir que fluya por ella la reflexión que me hace ver que os preciáis tanto de ser españoles, que es rarísimo el casta que llevando a su hijo al bautismo diga que es mulato, lobo, etcétera, todos quieren que en la partida se les ponga españoles, y lo mismo se ha notado al formar los recientes padrones para el arreglo de la policía de esta populosa capital; lo mismo al pedir pasaportes, aunque

se meta por los ojos que el que lo pide nació en lo mas abrasado del Asia; sabed pues que los españoles eran gentiles todavía, y ya en Sagunto, como lo refiere San Agustín capítulo 6, libro 2, página 662 tomo 7. Editorial Bened., por no quebrantar el juramento de su fidelidad a los romanos, antes que entregarse a los cartagineses, eligieron entregarse todos sin reserva al cuchillo y a las llamas, después de haber sufrido una hambre que les hizo comer cadáveres humanos.

Si esto hicieron los españoles europeos gentiles por no quebrantar el juramento hecho por los ídolos y falsas divinidades; ¿cómo los españoles americanos católicos se creerán desobligados de cumplir un juramento hecho por el Dios único verdadero? ¿Cómo antes que faltar a su juramento de fidelidad, no sufrirán persecuciones y tormentos hasta perder la vida, si fuera necesario, como los primeros cristianos, de quienes en el mismo capítulo dice este Santo Padre, que teniendo ejércitos de grandes pueblos, jamás los emplearon contra sus impíos perseguidores, porque jamás la religión católica dejó de reconocer en ellos la potestad de Dios, ni permitió quebrantar el juramento de fidelidad? Así es que, prosigue el insigne Agustín, se dejaban atar, encarcelar, herir, atormentar, quemar, despedazar y degollar, y se multiplicaban; pero no les era lícito faltar a la obediencia, ni sustraerse de la fidelidad debida a los tiranos, no les era lícito pelear contra ellos por defender la propia vida por seguir el ejemplo del Salvador.

Sola una excepción hay, no que nos obligue a sublevarnos, sino a morir si fuere necesario antes que obedecer al rey ni a otro alguno, y es, si nos mandare hacer un solo pecado mortal, en tal caso es primero la obediencia debida al mandamiento de Dios, que la que debemos al mandamiento del que reina por Dios; esta es la excepción única que pobló de mártires el cielo, porque ellos siempre obedecieron cuanto les mandaron los tiranos, menos lo que les mandaban contra la ley divina.

¿Y será creíble que esta religión inmutable en sus principios y en sus dogmas, que ha visto a Dios dueño de todos los cetros de la tierra poner el de las Américas en las manos de los católicos monarcas españoles; esta religión sublime e infalible, que oyó, autorizó, recibió y consagró el juramento que hicimos reconociendo a Fernando por príncipe de Asturias y legítimo sucesor del trono de Carlos IV, y como quien algún día sería nuestro rey, esta divina religión que moviendo como un fuego eléctrico todos los corazones los llevó en sus manos para jurar a Fernando con tan desusado júbilo y tan decidida voluntad, que no es fácil hallar en la historia antigua ni en la moderna ejemplar de una conmoción tan general, tan plácida, tan uniforme, tan libre, tan extraordinaria en favor de algún otro monarca; ¿será creíble que esta religión tenga por un mal haber jurado fidelidad y vasallaje a su amado cautivo Fernando VII? Es increíble y es absolutamente indubitable, que jurasteis y juramos lo que la religión mandaba, y que no hay potestad alguna sobre la tierra que pueda desatarnos del vínculo con que aquel juramento nos ató al cetro de Fernando.

Lo manda la justicia, si; porque cuando pudiera prescindirse, que no se puede ni se debe, del título incontestable, nacido y, fundado en el supereminente dominio de Dios, que como árbitro absoluto de todos los cetros, dio el de las Américas a los reyes de España don Fernando y doña Isabel; nadie puede dudar que de estos pasó a Carlos I, de éste a Felipe II, y seguidamente a sus sucesores hasta Carlos VI, y de este a Fernando VII; es decir, que España ha tenido el cetro de las Américas en quieta, continua y pacífica posesión durante la carrera de tres siglos, a vista, ciencia y paciencia de cuantos americanos ha habido en tan largo periodo, y de todos los potentados del universo; lo cual hace un título de prescripción tan robusto, que aunque su principio hubiera sido la mas inicua usurpación, se habría subsanado abundantemente; ¿cuánto más robusto es este derecho si se fija su origen como la religión dicta, en aquel dominio radical de Dios, y en la experiencia de lo mucho que ha

progresado el catolicismo en las Américas, es la justicia por estos y otros títulos que no quiero mentar, quien nos hizo jurar fidelidad a Fernando VII; y quien jura lo que manda la justicia debe cumplirlo.

Lo mandó el honor, si, porque él nos obliga estrechamente a cumplir lo que prometemos, aunque solo prometamos una cosa, la cual por ningún título teníamos obligación de hacer; ¿cuán indecoroso, cuán vil y vergonzoso sería faltar, no a una palabra que cualquier hombre de bien cumpliría a toda costa, más a un juramento prescrito por la religión y por la justicia, y hecho a la faz del universo, el cual nos ha colmado de honra y alabanza, mirando atónito y con envidia nuestra lealtad y fidelidad incorruptibles?

Cierto es que no tenemos facultad ninguna para esclavizar nuestra patria, ni disponer de ella como árbitros o dueños; pero por lo mismo no podemos quitar su imperio a quien lo dio el Altísimo; por lo mismo no es esclavizarla mantenerla fiel al virtuoso Fernando, y éste, cuando el Señor se digne romper su cautiverio y volverlo a su trono, lejos de pretender esclavizarnos, cumplirá religiosamente las leyes fundamentales que afianzan nuestra verdadera libertad natural y civil, y que han sancionado las cortes generales por la sabiduría de nuestros hermanos europeos y de nuestros hermanos y diputados americanos.

Siendo pues católicos, seducidos y engañados insurgentes, y no queriendo dejar de serlo, debéis conocer por lo dicho y por los documentos de Napoleón y de la junta de Zitácuaro, que os han engañado y aún reservan engañaros más; ¿qué resta, pues, para que a fuer de cristianos católicos y racionales, cedáis a la verdad de las palabras de Dios que os ponen a los ojos la religión y la experiencia? Pero quizá resta otro desengaño, escuchadlo.

DESENGAÑO 3º

Tomado del arrepentimiento de Hidalgo Costilla a la hora, de la muerte, parecida a la de

Antioco con quien el mismo se comparó.

El éxito de la muerte correspondiente a la vida de mister Voltaire, ha sido un librito luminoso que aumentando pruebas a la verdad incontestable que nos anuncia, que cual es la vida es la muerte, debió aterrar a los espíritus fuertes del siglo antecedente. Los católicos novo hispanos y los de todo el orbe debemos contar con el piélago inagotable de la misericordia de Dios en favor de la muerte de Hidalgo Costilla, y todos le ensalzaremos si le ha salvado; esto es lo que hemos debido desear y deseamos para este corifeo de la insurrección y para los demás, si no queremos apartarnos del espíritu de la caridad evangélica. Con todo, podemos temer que se haya condenado por más que no haya ojos ni lágrimas suficientes en el universo para llorar su desventura, ni corazones para sentirla; ignoramos cual haya sido la sentencia que Hidalgo Costilla oyó ya de la boca de Jesucristo, y San Agustín, no pudiendo dudar que él era un vaso lleno de las misericordias del Señor, en cuyo amor ardía como una hoguera inextinguible, se estremecía y temblaba reflexionando que mientras vivimos en el valle de lágrimas estamos envueltos en tinieblas, y en una espantosa incertidumbre de todas las cosas futuras: *voluntamur in tenebris, omnia in futurum reservantur inserta.*

No sabemos si Hidalgo Costilla está en el cielo o en el infierno; pero sabemos que puso en práctica en este rey no las lecciones que Voltaire dictó en sus escritos para destruir la religión católica, desterrar el orden y perder el mundo; sabemos que él mismo en su proclama o manifiesto escrito delante de su muerte se comparó al infeliz Antioco. ¡Ah! su conciencia criminal que le devoraba y atormentaba, ¿cómo había de consentirle olvidar los terribles modelos de los Antiocos que tanto había imitado? El afirmó que con tanta claridad como Antioco, veía los males que había hecho al pueblo de Dios, veía los males que había ocasionado a la América, porción escogida y privilegiada de aquel pueblo; que el sueño se

había retirado de sus ojos, y su arrepentimiento le había postrado en una cama: "aquí veo, dijo, el aparato de mi sacrificio, (de mi justo castigo quiso decir,) exhalo cada momento una porción de mi alma, y me siento morir de dolor de mis excesos mil veces, antes que poder morir una sola vez, distante no más que un paso del tribunal divino, no puedo menos que confesar con los necios de la sabiduría; luego erramos y hemos andado por caminos difíciles que nada nos han aprovechado; veo al juez supremo que ha escrito contra mi causas que me llenan de amargura, y que quiere consumirme aún por solo los pecados de mi juventud, ¿cuál será pues mi sorpresa, cuando veo los innumerables que he cometido como cabeza de la insurrección?"

¡O palabras dignas de ser grabadas en cada uno de los corazones de los insurgentes! Cabe si, no debemos dudarlo; cabe mucho más en el océano inagotable de las misericordias del Señor, con tal que al desengaño se una un verdadero arrepentimiento, si lo consiguió Hidalgo después de tantos, tan grandes, tan lastimosos males ejecutados por él y por su causa ¿quién no bendecirá la infinita incomprensible misericordia del Dios de bondad por tantos títulos amabilísimo? ¿Quién por cargado que se vea de crímenes desconfiará de esta misericordia inefable, del que queriendo salvar a todos los pecadores, a ninguno que le invoca con sinceridad desprecia? ¿Quién conocerá todo el estupendo incalculable mal que este corifeo de la insurrección procuraba a sus paisanos, quitándoles los auxilios y socorros de la divina religión católica, y armándoles contra ella contra sus leyes inmutables, y contra todos los que la profesamos? ¿Qué sería del mismo devorado de su conciencia delincuente, que le presentaba la tierra de la paz y orden, de la abundancia y del catolicismo, bañada de torrentes de sangre inocente, mezclada con mucha porción más de la criminal, una y otra derramadas por el que dio el primer impulso a los asesinos, esterilizada, y privada en tantas partes de la presencia real de Jesucristo en los altares, de los cánticos de la Sion militante,

de sus sacramentos y sus gracias? ¿Y qué sería ver sustituidos el odio y la inhumanidad de los caribes a la confianza recíproca y al amor de la caridad, por los excesos de los ardores de Venus, los robos, los sacrilegios, la hambre, la viudez, la orfandad y todas las miserias que la cólera del cielo insultada y provocada por el mismo Hidalgo y por sus secuaces, sigue aún derramando sobre esta tierra? ¿Dónde pues hallaría consuelo sino en el seno maternal y misericordioso de esta religión sacrosanta, que no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva; y que hasta el último momento de la vida le guarda, y lo socorre cuando ya no hay sobre la tierra cosa que pueda consolarle?

¡Ah crueles seducidos! ¿Por qué os empeñáis todavía en desterrar de la Nueva España, esta preciosa y beneficentísima religión, que ultrajada y perseguida de vosotros mismos, os tiende los brazos para recibirlos en su regazo, perdonaros y conducirlos sobre sus hombros hasta la gloria bienaventurada y eterna? ¿Por qué os obstináis en perderos y abreviar vuestras vidas para ir al punto en que espiréis a ver lleno de ira el semblante de Jesucristo, Juez entonces inexorable que os arrojará para siempre a que seáis ascuas inextinguibles del infierno? ¿Con cuanta rabia maldeciréis en aquella mansión eterna del pecado a vuestros seductores, y la estúpida necedad de no haber tomado el consejo que os dio Hidalgo Costilla cuando iba a morir, y conocía que no podía escapar de ser juzgado en el tribunal de que ninguno de vos otros por feliz que sea en esta vida podrá escapar ni huir! ¿Como arderéis en aquellas llamas y con que furor os revolcareis en aquel horno todo ascua, siempre atizado y encendido por la justicia del Dios a quien despreciáis ahora en su misma presencia! ¡Ay de vosotros! ¡Ay! ¡Ay millones de veces, si sordos a los gritos que os dio moribundo Hidalgo Costilla esperáis a la hora terrible de la muerte para arrepentiros de la muerte que ya esta sobre vuestros hombros para daros el golpe cuando menos lo veáis! ¡Ay de vosotros que pereceréis sin remedio y por toda la eternidad, como han perecido

tantos millares de vuestros compañeros! ¡Cuántos de ellos os gritan desde la hoguera del abismo eterno para que su condenador os sirva de escarmiento, y entendáis que quien peca en confianza de la infinita misericordia del Señor, desprecia esa misma misericordia, abusa locamente de ella, se hace indigno de ella, yerra el camino de la verdad como lo erraron todos los necios de quienes habla el sagrado libro de la Sabiduría!

Es muy posible si, ¡con cuanto placer lo repito! que Hidalgo Costilla consiguiera el perdón de sus pecados y delitos, por la misericordia del Dios mismo a quien tanto tan públicamente ultrajó; una mínima parte de una gota, de la sangre que derramó Jesús, de aquella sangre preciosísima en que a la voz de Hidalgo sacerdote se convirtió tantas veces el vino y el agua en los altares, y la cual ofreció con sus manos por los pecados de todos los hombres, es sobreabundante para borrar cuantos cometió y siguen cometiendo sus seducidos. Puede haberse asemejado a los Antiocos en todo, menos en la reprobación; puede ser bienaventurado, y entonces ¡oh alteza de las misericordias del Señor! ¡con que afectos tan inflamados, con que voces tan ardientes y reconocidas, con que agradecimiento sin límites ensalzará su alma esa misericordia y religión, de cuyos consuelos había querido privarse y privar a todos los habitantes de estos dominios! ¡Qué lengua podrá entonces dar idea de la ventura feliz de su alma, de la bondad del Dios de los cristianos y de la sublime caridad de la religión!

Es posible, si, y debemos pedir a Dios que si aquella alma se esta purificando en el fuego del purgatorio, le abrevie el momento en que vuela a unirse para siempre con su Hacedor, su padre, su tolerador, su Redentor y Salvador amabilísimo, esta compasión, nos pide aquel sacerdote infortunado, y a ella nos obliga la caridad de nuestra religión santísima.

Pero ¿podemos creer sin duda, podemos afirmar absolutamente que el

arrepentimiento de Hidalgo Costilla fue tal que le atrajera la gracia victoriosa y triunfante? ¡Ojalá, ojalá y no pudiéramos titubear por la falta de esta certidumbre! ¡Ó abismo insondable de los juicios del Altísimo! ¡Ó verdad divina depositada en los libros santos! ¡Ó verdad espantosa y terrible que nos das motivo para temer que comparándose el primer sondeo de la insurrección con los impíos Antiocos, fuese la comparación exacta en todas sus partes! Reflexionad insurgentes, sobre tan horrorosa incertidumbre; temblad de la ira de un Dios vengador de sus ultrajes, celoso de su honor, al cotejar lo que de los Antiocos refieren los libros sagrados de los Macabeos, con lo que de Hidalgo Costilla sabe toda la América, y con lo que él mismo dijo a todo el mundo al despedirse de él.

"El primer Antioco persiguió atrozmente al pueblo de Dios;" otro tanto hizo Hidalgo al que ahora es el pueblo de Dios, este no menos que aquel persiguió de muerte a los israelitas, ha perseguido a los cristianos, como aquel a aquellos éste os enseñó a robar y matar con la mayor fiereza, ¿mas que digo fiereza? El os hizo romper los frenos de la religión católica, y de la subordinación a las leyes y potestades que ejercen el poder de Dios sobre la tierra, cada uno de vosotros es un testigo intachable, de que el hombre que rompió estos frenos por complacer a sus pasiones es más cruel con sus semejantes que los tigres y las víboras con los suyos.

¿Qué crueldades no hizo Antioco en los inocentes judíos por las manos de sus soldados y verdugos? ¿Qué robos, qué sacrilegios, que profanaciones de templos dejó de hacer? Y por ventura, ¿no ha hecho Hidalgo Costilla otro tanto en los inocentes cristianos europeos y criollos españoles, castas e indios, y en varios templos por vuestras manos; por esas manos reteñidas de sangre inocente que apegada a ellas pide venganza al cielo, como la de Abel contra Caín?

"Antioco a manera de una mis corrompida y envenenada, dio de sí frutos mortíferos,

vomitó blasfemias contra Dios, violó y profanó su templo;" blasfemar contra Dios es haberos persuadido Hidalgo que era servicio de Dios y de su madre purísima, despedazar a vuestros próximos, a vuestros bienhechores, y aún a vuestros enemigos y ofensores, pues la ley divina es que nadie ofenda al inocente; que el castigo de los delincuentes se deje a cargo del rey y de sus ministros; que amemos a nuestros semejantes como a nosotros mismos, sin excluir de este amor al que nos aborrezca y colme de males. Vosotros sabéis o habéis visto que Hidalgo produjo frutos de muerte a tantos miserables que han perdido la vida temporal y la eterna por seguir sus banderas; sois testigos del descarado con que en los templos se hizo de algún modo adorar de vosotros, haciéndoos creer que le iluminaba la luz del cielo. Le visteis profanar el templo más puro que habitó la Trinidad Santísima, la siempre Virgen María haciendo su imagen portentosa de Guadalupe servir en las banderas de escudo de la iniquidad, y de contraseña en la blasfema invocación de su nombre para ejecutar los homicidios, los robos y todos los crímenes que gravitan sobre vosotros; y si todo esto es tan conforme a la política peculiar de Napoleón, aumentó su crimen y el vuestro la diferencia de que los asirios eran los perseguidores de los israelitas; pero aquí sois los cristianos perseguidores de los cristianos, los hermanos de una familia y una nación contra sus hermanos, los padres a los hijos, los hijos a los padres, los esposos a sus esposas.

Vosotros como los malos hijos de Israel aconsejasteis a muchos, y os presentasteis con ellos a Hidalgo, y hacéis lo mismo con sus sectarios; él y ellos os dieron libertad de vivir como idólatras y gentiles, apartándoos de las prácticas del catolicismo, y vendiéndoos a los caudillos para hacer el mal.

"Antiocho entró en designio de reinar en Egipto, entró con multitud de gente, fueron heridos y muertos muchos, tomó ciudades y las dio al saqueo;" como Hidalgo intentó reinar en América, como entró en algunas ciudades y pueblos dándolas al saqueo, y fueron

heridos y muertos muchos, como en todo sucede lo mismo con los actuales caudillos.

"Antioco entró con soberbia en el santuario de Jerusalén, tomó el oro del altar y los vasos de plata y oro, y los tesoros escondidos." ¡Templos de Valladolid, de Guanajuato y de otros lugares! decid como Hidalgo hizo por sí o por sus satélites otro tanto, despojándoos de las alhajas y tesoros que la piedad consagró al culto del Señor del universo, y de los caudales destinados al sustento de sus ministros, a la dotación de las huérfanas, al socorro de las viudas y de los pobres, y al decoro de las funciones sagradas; el hizo que otros como él os empujaran con su ejemplo y con sus persuasiones hasta lo más hondo del abismo, abusando de la estupenda ignorancia de la doctrina del evangelio, y de vuestra credulidad.

Los emisarios de Antioco robaron sus mujeres e hijas a los israelitas, les llevaron sus ganados, les saquearon sus casas, les destruyeron sus sembrados, ¿cuál de estas cosas no habéis hecho y causado que hicieran otros con los cristianos?

Aquellos juntando una raza impía, se hicieron fuertes en una ciudad metiendo en ella las armas y vituallas y los despojos de Jerusalén, ¿qué hizo Hidalgo en Guadalajara, después que huyó de Guanajuato y de Valladolid? ¿Y qué han hecho sus sucesores en Zitácuaro, Cuautla y otras partes?

Antioco envió órdenes; como no se duda ya que Napoleón las envió a Hidalgo y éste las comunicó a sus conmlitones, para que cada uno abandonase su propia ley, y todo el pueblo fuese uno; y muchos de Israel sacrificaron a los ídolos y profanaron el sábado, acordaos, insurgentes, de la instrucción de Napoleón; acordaos de la carta de Zitácuaro, y cotejad con lo que os permitió Hidalgo y lo que se os permite, aunque todavía no se os intime la orden para que abandonéis el catolicismo. Antioco, sigue el sagrado texto, mandó que se contaminasen con toda suerte de abominaciones; de modo que olvidasen la ley y trastornasen todos los mandamientos de Dios; cotejad igualmente y no olvidéis el trastorno

del juramento.

Cualquiera que lea estos libros santos verá al insigne capitán general Venegas como a otro Judas Macabeo dirigiendo y defendiendo el pueblo de Dios, destrozando las huestes de Hidalgo y sus secuaces, otro Simón en el insigne Calleja, y otros Macabeos en los demás comandantes de los ejércitos del rey; y cotejando aquella historia con la revolución de Nueva España, verá una identidad casi absoluta de hecho por hecho, triunfo por triunfo, etcétera; pero debo abreviar finando la vista en los versículos 8 hasta 13 del capítulo 6 que hablan del segundo Antioco, el cual en lo demás fue idéntico al primero, y al cual particularmente se comparó Hidalgo; no haré más que copiar literalmente la traducción del padre Scio.

"8. Y cuando el rey oyó estas noticias (las de las derrotas de su enviado Lysias, al cual, a Nicanor y otros de aquellos imitaron Allende, Jiménez, Morelos y otros ejecutores de los designios de Hidalgo) quedó lleno de espanto y de turbación; y se postró en cama y enfermó de melancolía, porque no le había sucedido como pensaba." ¿Qué os dijo Hidalgo de su desfallecimiento y enfermedad?

"9. Y estuvo allí por muchos días, porque se renovó en él una grande melancolía, y consintió en que se moría."

"10. Y llamó a todos sus amigos y les dijo, se ha retirado el sueño de mis ojos, y me veo desfallecido, y mi corazón abatido de cuidado."

"11. Y he dicho en mi corazón ¡a cuánta tribulación me veo reducido, y en que hondas de melancolía me hallo ahora yo, que era feliz y querido en mi dignidad!"

"12. Mas ahora se me representan los males que he hecho en Jerusalén, de donde me traje todos los despojos de oro y plata que había en ella, y envié a exterminar sin causa a los de Judea."

"13. Y conozco que por eso me han venido todos estos males; y ved que muero de profunda melancolía en tierra extraña."

Volved, seducidos, a leer las palabras de vuestro primer caudillo que os he trasladado, y juntad a ellas las que siguió diciendo, "¡Ah América querida patria mía! ¡Ah americanos mis compatriotas, europeos mis progenitores, y sobre todo, insurgentes mis secuaces! compadeceos, compadeceos de mi. Yo veo la destrucción de este suelo, que he ocasionado, la ruina de los caudales que se han perdido, la infinidad de viudas y huérfanos que he dejado, la sangre que con tanta profusión y temeridad se ha vertido, y lo que no puedo decir sin desfallecer, la multitud de almas que por seguirme estarán en los abismos. Yo veo que si vosotros, engañados insurgentes, queréis seguir en las perversas máximas de la insurrección, mis reatos se aumentarán, y los daños, no solo para la América, sino para vosotros no tendrán fin."

Poco adelante dijo: "El horror con que se me presenta la sangre que por mí se ha derramado, y la devastación de este florido reino, no puedo negar son aquellos auxilios con que Dios ponía a la vista de Israel, lo malo y amargo que es haberle dejado."

Cotejad y decid vosotros mismos si pueden ser más parecidas las palabras y obras del nuevo Antioco ex cura de Dolores, a las del segundo Antioco antiguo rey de Siria. ¡Qué crueles, qué terribles remordimientos de la conciencia criminal se encaraman, se encarnizan sobre el corazón delincuente y lo devoran! Un infierno que comienza en esta vida y que no ha de acabar en la eterna, se ve casi en tales hombres, que están viendo dentro de sus mismos corazones, despavoridos y aterrados por la cercanía de la muerte, levantado ya el tribunal terrible del Juez que va a juzgarles.

Et pavidó cernit inclussum corde tribunal. Pudo ser fructuoso el arrepentimiento de Hidalgo, sí; mas leo el capítulo 9 libro 2 de los Macabeos, y mi pluma retiembla de pavor y

quiere huir de mis dedos, al ver un modelo tan cabal de aquel a la puerta de la eternidad en Antioco moribundo.

Este volvía ignominiosamente de la Persia fugitivo y afrentado como todo su ejército, por los ciudadanos de Persépolis, cuyo templo intentó despojar y oprimir la ciudad, Hidalgo que intentó despojar a México y oprimirlo, huyó de las Cruces afrentosamente y de Aculco, lo mismo de Guanajuato y Valladolid, y al salir de Guadalajara dijo, voy a almorzar en Calderón; a comer en Querétaro y a cenar en México, después de una horrorosa mortandad de sus engañados, sin haber conseguido sus designios, huyó con algunos de los pocos que le quedaron vivos cubierto de ignominia y confusión.

"V. 4. Antioco montado en cólera, creía que podría vengar en los judíos el ultraje que le habían hecho los que le obligaron a tomar la fuga; y por esto mandó que se apresurase su carroza, caminando sin pararse, porque le impelía el juicio del cielo, por haber dicho con orgullo que iría a Jerusalén, y que la convertiría en un sepulcro de cadáveres hacinados de judíos."

Hidalgo furioso de cólera creyó que podía vengar las derrotas, las muertes, las fugas de sus tropas, y sus propias ignominiosas fugas; y por esto mandó que su coche y los de sus mayores confidentes corrieran sin parar; sin duda *le impelía el juicio del cielo*, porque estaba ya decretado el castigo del orgullo con que apeteecía hacinar en Querétaro, México y en toda la Jerusalén militante de esta América, montones de cadáveres de católicos.

"V. 5. Mas el Señor Dios de Israel que ve todas las cosas, le hirió con una llaga interior e incurable."

Tiemblo de pensar que esta llaga pudo ser la de aquellos remordimientos de la conciencia, tiemblo de leer que el sagrado texto la llama incurable.

"V. 7. Cayó de la carroza y con la grave contusión se quebrantaron los miembros de

su cuerpo."

El mismo Señor Dios hirió a Hidalgo Costilla con la llaga interior de los remordimientos, y plegue a la divina misericordia que no haya sido incurablemente. El Señor le arrojó del carro de su soberbia y le puso en las manos del católico don Ignacio Elizondo con sus compañeros, haciéndoles a todos prisioneros cuando menos lo esperaban.

"V. 8. Y aquel que lleno de soberbia alzándose sobre la esfera de hombre, por su soberbia se lisonjaba poder mandar a las ondas de la mar, y poner en balanza las alturas de los montes, humillado ahora hasta la tierra, era llevado en silla de manos, dando en sí mismo un manifiesto testimonio del poder de Dios."

El ex cura no era mucho menos presumido y soberbio que Antioco; su humillación fue idéntica, conducido en coche hasta Coahuila, *dando en si mismo un manifiesto testimonio del poder de Dios.*

"V. 9. En tanto grado que el cuerpo del impío hervía de gusanos, y aún viviendo se le desprendían las carnes en medio de los dolores."

Hidalgo estaba cubierto de lepra en tanto grado, que una sola noche que durmió en un curato cerca de Ixtlahuaca, cuando huyó del Monte de las Cruces, dejó las sabanas horrible y asquerosamente manchadas de podredumbre; y es bien sabido que en tales granos nadan centenares de gusanillos invisibles, que se ven claros con el microscopio, si estos gusanos no crecieron, y las carnes no se desprendieron, padeció dolores terribles en la prisión que atribuyó a la gota, y acaso fue porque no sobrevivió tanto tiempo como Antioco; así que la identidad con este nada pierde, siendo tal que parece que igualmente se lee la historia de Hidalgo en el libro sagrado que la de aquel Antioco.

"V. 11. Y así derribado con esto de su grande soberbia, comenzó a entrar en conocimiento de si mismo, avisado del azote de Dios... V. 12. Y como ni el mismo pudiese

ya soportar su hedor dijo así; justo es someterse a Dios, y que un mortal no pretenda apostárselas con Dios."

¿Quién negará que lo mismo se vio en Hidalgo derribado de su grande soberbia? Mas ¿no imploraba como Antioco las misericordias de Dios? ¿No reconocía su poder? Sí, si, pero ¡ó Dios terribleísimo y justo en vuestros juicios! Ahora sigue en el texto sagrado lo más espantoso y tremendo.

"V. 13. Y rogaba este malvado al Señor *de quien no había de alcanzar misericordia*. V. 14. Y a la ciudad a donde iba apresurado para asolarla y convertirla en sepulcro de cadáveres amontonados, desea ahora hacerla libre. V. 15. Y a los judíos que habla dicho que ni aun los tendría por dignos de sepultura, sino que los arrojaría a las aves y fieras para que los despedazasen, y que los exterminaría con sus hijos, promete ahora hacerlos iguales a los de Atenas. V. 16. Y el templo santo que antes había despojado que lo adornaría de preciosos dones, y multiplicaría los vasos sagrados, y que pagaría de sus rentas los gastos pertenecientes a los sacrificios. V. 17. Y demás de esto él se haría judío y que andarla por todos los lugares de la tierra, y que predicarla el poder de Dios. V. 18. Mas como no cesasen los dolores (porque estaba sobre él la justa venganza de Dios) perdida toda esperanza, escribió a los judíos en forma de súplica una carta. V. 28. En fin este homicida y blasfemo, malamente herido, y según él había tratado a otros, lejos de su patria, acabó su vida en los montes con una muerte infeliz."

¿Quién no te temerá ¡o gran Dios! rey de las naciones? ¿Quién de los secuaces de Hidalgo Costilla habrá perdido tanto el temor de Dios, que leyendo en esta historia de la muerte de Antioco, la de la muerte de Hidalgo Costilla, no vea sobre él la justa venganza de Dios? ¡Pobres seducidos por la ignorancia, el error y el engaño! Abrid los ojos para decidiros a seguir el consejo último de vuestro primer seductor, que al morir os dirigió a

vosotros estas palabras, "dejad las armas; echaos a los pies del trono, no temáis ni las prisiones, ni la muerte; temed si, al que tiene poder después que quita la vida al cuerpo, de arrojar la alma a los infiernos."

¿No palpita el miedo de la venganza divina en vuestros corazones? ¿No sentís en ellos la ternura? ¿Podéis mantener secos vuestros ojos? Pues ¡ay de vuestras almas infelices! tal insensibilidad es de temer sea la prueba de vuestra eterna reprobación.... ¡eh! por compasión de vuestras almas, volved a leer con reflexión y cotejad los hechos de la vida de Hidalgo y su muerte con los de Antioco, y ved que todavía os halláis en circunstancias que podéis alcanzar indubitablemente para la vida temporal el indulto de un gobierno paternal y benéfico, y para la eterna la misericordia de un Dios, que acaso solo espera vuestra decisión en este momento para entregaros al fuego o al filo de la espada de su justicia, o para celebrar en su gloria un festín grande porque os lancéis en sus brazos, siempre abiertos para recibir a los arrepentidos. Temed, temed, que acaso vuestro jefe *rogaba al Señor de quien no había de alcanzar misericordia.*

¡O rayo formidable de la justicia del Eterno! ¡O trueno espantoso! vuelve a resonar en los oídos de los miserables seducidos rebeldes. ¡O palabras tremendas fulminadas por Dios! Hidalgo lloró sí, pero ¿cuándo?.... cuando como Antioco vio frustrados sus proyectos por el poder de Dios: Hidalgo se sintió morir a la vista de sus iniquidades, y por los remordimientos de su conciencia; sí, pero lo mismo pasó a Antioco, y uno y otro velan inevitable y muy cercana su muerte. Hidalgo bañaba con sus lágrimas la prisión de que no le era dado escapar, como Antioco bañaba con su llanto la cama y las llagas de que no le era dado separarse. Hidalgo os escribió una carta (tal debéis estimar su manifiesto) y si tuviera las riquezas de Antioco a su arbitrio, habría prometido, como éste, reparar todos los daños y males que hizo y causó; escribió también como su modelo a los que aborreció, a los

españoles a quienes no tuvo por dignos de sepultura, y a los hijos de los españoles, de hecho hizo despedazar a muchos a sangre fría, estremeciendo los bosques y los poblados su cruelísima inhumanidad; y no solo quería muy pocos días antes de su muerte, sino que de hecho los arrojó a las aves y a las fieras para que devorasen sus cadáveres, Hidalgo murió como Antioco lejos de su patria, éste en los montes, y aquel cercado de los montes de Coahuila en un cadalso. De Antioco sabemos ciertamente que fue condenado; de Hidalgo sabemos que se le aprontaron los socorros de la religión adorable, sin escasearle alguno de los que están al alcance de los mortales; pero no sabemos si en el juicio de Dios fue absuelto, y hay mucho fundamento para temer que fuera condenado. ¡Terrible incertidumbre!

Sabemos que para alcanzar misericordia debía reparar en cuanto le fuera posible los males que hizo, y los que siguen aún por su causa; ignoramos fuera de aquel papel que hemos copiado, que haya hecho esta satisfacción tan necesaria, al paso que vemos en el evangelio de San Mateo capítulo 18 a Jesucristo explicar esta necesaria satisfacción con la parábola del rey que toma cuentas a sus criados; y que al uno que no tuvo piedad de su deudor, aunque le rogó y pidió tiempo y ofreció pagar cuanto le debía, el Señor airado lo entregó a los tormentos para que pagara en ellos toda su deuda.

¡Cuán difícil era para Hidalgo reparar los males que hizo y causó! Porque ¿Cómo volvería a sus dueños los caudales disipados por él y por vosotros? ¿Cómo las vidas a quienes las quitó su crueldad y la vuestra? ¿Cómo repararía la falta de tantos brazos que la misma crueldad ha arrancado al comercio, agricultura y artes? ¿Cómo resarciría el pudor de tantas despojadas de él violentamente por vuestra lujuria? ¿Cómo limpiaría la mancha que su infidencia y la vuestra echaron sobre el cristal inmaculado de la religión y fidelidad incontaminadas casi tres siglos en este reino, y que la hacían levantar su frente gloriosa

sobre todas las otras naciones? ¿Cómo en fin restituiría la paz dulce y estimable sobre todos los tesoros, la confianza recíproca de unos habitantes con otros; la seguridad pública que hacía que no solamente dentro de las poblaciones, sino en los caminos de trescientas y quinientas leguas cualquier anduviera de día y noche sin peligro aunque fuera solo y llevara un caudal consigo?

¡Ah! con cuanta razón deseaba el causante de tantos daños fuentes inagotables de lágrimas para llorarlos, como el profeta Jeremías las deseaba para llorar los males que el no causó a Jerusalén! Cuando no fueran tan grandes, tantos y tan irreparables los que Hidalgo derramó sobre la Nueva España; cuando no los aumentara la negra ingratitud a la antigua, en la ocasión misma que reunida en cortes generales trabajaba sin descanso para establecer nuestra permanente felicidad; cuando no los hiciera más enormes la dificultad que han puesto para socorrer a nuestra madre patria en los momentos que podían ser los más interesantes para destrozar al enemigo y recobrar toda la península; ¿no sería suficiente motivo para llorar, no ya fuentes sino mares, el habernos quitado esta paz, esta confianza recíproca, esta seguridad pública, y haber sustituido en su lugar ¿qué? Oíd algo de ello.

Por él y por vosotros es, que si algunos de los europeos, ven a un criollo comulgar, servir a los enfermos, desnudarse para vestir a un pobre, de una vez, portarse como cristiano, sospechen que lo hace por hipocresía; y si algunos de los americanos ven a un europeo practicar iguales actos de religión, no los atribuyan a otro resorte. El y vosotros habéis puesto a todos en estado de desconfiar de su propia sombra, y de que algunos se inflamen de manera, que ni la religión ni las leyes moderan los ímpetus de odio y de venganza con que les precipitan el resentimiento y la ira.

Ni son solamente los rústicos ignorantes o estúpidos los que así se precipitan, dudan y desconfían, son también uno u otro de los sensatos, porque al cabo todos somos hijos de

Adán, tributamos a la miseria de la naturaleza caída, ama cada uno y procura cuanto es posible su seguridad individual, es más común de lo que parece la manía de juzgar de todos por lo que vemos en uno solo; y en fin, son pocos los que reflexionan rectamente, que así como en la España antigua porque un Godoy, un Morla, un Azanza, un Offarril y otros fueron traidores, no es justo negar la estima y loor eterno a un marques de la Romana, un Castaños, un Venegas, un Blake, un Empecinado y tantos millares de valientes leales; tampoco porque en la España nueva hubo un Hidalgo Costilla, un Allende, un Morelos y otros revolucionarios, se debe negar la estima y loor eterno a un Calleja, a un Basoco, a un Aguayo, a un Berrio, a un Yermo, a un Rincón Gallardo, a un Iturbide ni a tantos millares de españoles europeos e indianos, ni a tantos indios y castas, aún de esos siempre desnudos, tan leales como católicos, amantes de la religión, del rey y de la madre patria, que los unos con sus caudales, los otros con sus personas, otros con sus escritos y con cuanto a cada uno ha sido posible, han dado y reiteran las pruebas más concluyentes de su religiosidad, fidelidad, valor, unión y patriotismo.

Añadid engañados, añadid para conocer lo que os conviene y no esperar al arrepentimiento inútil o incierto de la hora de la muerte; añadid a tantos males causados por Hidalgo y por vosotros, a su imposibilidad de repararlos, y a sus semejanzas con los Antiocos, otras verdades infalibles que hacen sumamente difícil la verdadera conversión a la hora de la muerte.

Yo me voy, me buscareis y moriréis en vuestro pecado. Así dijo el amoroso redentor Jesús a los judíos rebeldes, que amonestados y testigos de los milagros que confirmaron su divinidad, no quisieron creerle; consta en el evangelio de San Juan capítulo 8 versículo 21. Hidalgo y vosotros habéis arrojado a Dios de vuestros corazones, se ha ido de ellos, porque no puede habitar con el pecado, ve con todo, y registra sus más escondidos senos para

haceros cargo de vuestros pensamientos, palabras y obras. Hay sin duda un tiempo en que algunos pecadores buscarán a Dios, mas Dios se tapara los oídos, no se dejará hallar, y clamándole y gimiendo amargamente, morirán en su pecado y serán condenados. Vosotros además habéis sido llamados al arrepentimiento por la caridad paterna del insigne virrey que nos gobierna, y habéis despreciado el perdón que os ha prometido, habéis sido amonestados por vuestro corifeo Hidalgo que os escribió con lágrimas ese manifiesto, habéis visto milagros con que Dios ha salvado de vuestras conspiraciones a los inocentes, descubriéndolas, y ha dado tantas victorias a los ejércitos del rey, la muerte os sigue más que vuestra sombra, a donde quiera que vais, y no puede tardar en quitaros la vida por medio de una bala, de una herida, o por la mano de un verdugo, o por una enfermedad o fallecimiento repentino. Con todo no estáis en el postrer punto de la vida, y podéis conquistar el cielo.

No es imposible, dice San Agustín, tener un verdadero arrepentimiento a la hora de la muerte; pero si es sumamente difícil, y la razón es, porque diferir la penitencia hasta la muerte y morir impenitente, es casi una misma cosa; por esto el dulcísimo Jesús supone que lo buscarán los pecadores en la última hora; que confesarán sus pecados, que recibirán el sagrado viático, que exhalarán suspiros y llorarán muchas lágrimas, que recurrirán a su misericordia, ,y que todas sus disposiciones en lo exterior serán admirables, de forma que los que las ven crean que han muerto como unos santos, invocando el dulcísimo nombre de Jesús; pero a estos pecadores dice de ordinario, *moriréis en vuestro pecado*.

Y si examináis la causa de una tan tremenda sentencia, deberá crecer vuestro espanto; porque los padres de la iglesia fijan esta causa, primero en la disposición de Dios respecto del pecador moribundo; de Dios que ha dicho en el sagrado libro de los proverbios: *os llamé y no quisisteis... entonces me invocareis y no querré oíros*, capítulo 10,

versículos 24 y 28, y allí mismo: *despreciasteis todo consejo mío, fuisteis omisos a mis reconvenciones. Yo también a la hora de la muerte me reiré y os haré mofa.*

El otro extremo en que los Padres fijan la causa de esta suma dificultad, es en la disposición del moribundo respecto de Dios. Si de parte de su majestad ya tiene dicho que no le oirá entonces, de parte del pecador, ¿qué podéis esperar? O habéis de hallaros como Hidalgo presos, y con uno, tres o cuatro meses para pensar en salvar el alma; o habéis de morir de un balazo, una herida u otro golpe; o habéis de ir donde nadie os pueda conocer, porque quien os conozca os entregara a la justicia de la tierra; como quiera que sea os exponéis infaliblemente a perder la vida temporal y la eterna, porque siempre dejáis la enmienda para la cercanía de la muerte; para el tiempo del cual os amenaza Dios que le buscareis y no le hallareis, que clamareis y no os oirá, y que moriréis en pecado.

Me diréis que también ha dicho Dios por Ezequiel capítulo 33, versículo 12, "que en cualquier día que el pecador se convierta y se arrepienta verdaderamente de sus culpas, le serán infaliblemente perdonadas;" mas sea porque este arrepentimiento es en sumo grado difícil a la hora de la muerte; sea por un justo juicio de Dios que niegue sus auxilios eficaces al pecador obstinado hasta la muerte en castigo de su mala vida, y del desprecio de sus amenazas y llamamientos, siempre es cierta la sentencia que intimó el mismo Dios por boca de su Hijo Jesucristo: *me buscaréis y moriréis en vuestro pecado.*

Rumiad pues, insurgentes, examinad estas verdades y las voces del arrepentimiento de vuestro primer jefe a la hora de la muerte; él os dijo que habéis sido engañados, y que de continuar en la insurrección aumentaríais los reatos que oprimían su atribulado corazón, y no tendrán fin los daños de la América y los de vosotros, él os recordó el tremendo tribunal de Dios, en el cual será contra cada uno de vosotros un terribilísimo acusador, por otra parte los libros sagrados donde se halla la palabra de Dios, os amonestan del inminentísimo

peligro en que os halláis, y que si es tan incierto que el arrepentimiento de Hidalgo Costilla fuese tal que le trajera la gracia triunfante y victoriosa, sin la cual no pudo salvarse; si aún es tan dudoso, porque como decía uno de los siete hijos de la madre heroica de los macabeos al inicuo Antioco "aún no has escapado del juicio de Dios todo poderoso, y que ve todas las cosas" y no sabemos si el corifeo vuestro escapó bien de aquel juicio, vosotros con permanecer en el engaño os ponéis en estado de que sea mucho más incierto que os arrepintáis después, y que consigáis igual gracia; ¿no veis que tantas veces el poder del Altísimo ha protegido las armas del rey, de forma que podemos decir que ha repetido a vuestros ojos los milagros con que en otros tiempos un cortísimo número de israelitas triunfó de centenas de miles de enemigos? ¿No conocéis que Dios como dueño absoluto de la tierra reparte los cetros como place a los designios de su providencia, y que dio el de América a la España ortodoxa, y no al turco, al hereje ni al idólatra, porque quiso haceros católicos, y no esclavos de la crueldad y la barbarie? ¿No veis los males que causáis a vuestras esposas, hijas, hijos, hermanos, padres, vecinos y bienhechores? ¿No os preciabais de hijos de Dios y de María Santísima?

Ea, no queráis ser necios por más tiempo, como confesó Hidalgo Costilla que lo había sido, abrid los ojos a la luz, y volved al camino de la verdad, el cual habéis errado, pero ya os lo enseña vuestra experiencia: desistid de una locura que no es posible que os conduzca al logro de un verdadero bien, y que ciertamente os expone a perder la vida temporal y la eterna. Echaos a los pies del trono como os aconsejó Hidalgo, y postraos como pródigos escarmentados a vuestro amoroso Padre Dios, quien porque aún quiere oíros y salvaros emplea hasta el miserable recurso de mi pluma para decíroslo, para atraeros a sus brazos y llevaron en ellos hasta el cielo; presentadle, pues ahora son vuestras y de aquí a una hora o antes podrán no serlo, las lágrimas de la dulce madre de los pecadores, y la

pasión dolorosa y todos los merecimientos de Jesucristo, son vuestros si, no dilatéis el arrepentimiento para la hora de la muerte, y con ellos podéis pagar cuanto hayáis pecado y comprar la gloria. Salvad vuestras vidas aceptando el indulto que la nación en cortes os ofrece, y salvad vuestras almas acogiéndoos a la misericordia de vuestro Redentor, todo lo aventuráis si como Antioco, esperáis a llorar a la hora de la muerte, de esta muerte tan terrible para los malos, como dulce y apetecible para los buenos.

Pero si ensordecidos a las voces de la verdad insistiereis en vuestras temerarias empresas, experimentareis en vosotros mismos que el cielo y la tierra claman por vuestro castigo, y que hay un Dios infinitamente justiciero, terrible y que aniquila el esfuerzo de los que alzados sobre el orgullo se creen poderosos en la tierra, y son delante de sus divinos ojos menos que un átomo de polvo. El os hará cargo del cúmulo inmenso de pecados ajenos que habéis causado sobre los que habéis cometido, de las ofensas que le hacen los que inflamados en ira, en odio y en deseo de venganza, atizan la hoguera de la discordia, y aumentan el torrente de los males, sin acordarse o haciéndose desentendidos de la prudencia, de la templanza y de la caridad fraternal, y de la paciencia que de todos quiere Dios; este gran Dios, que cuando nos aflige, todavía lo hace con misericordia, y si permite que nos dañen, todavía no se olvida de que quiere corregirnos, de que es nuestro Padre, de que somos su pueblo, y el pueblo de su madre hermosísima, y por eso vemos su protección decidida contra nuestros perseguidores. Cuenta pues, nos os burléis del que puede arrojaron en la inextinguible hoguera del infierno, y del que no se cansa de conminaros que a la hora de la muerte le llamareis y no le hallareis, llorareis y se reirá de vuestro arrepentimiento, le buscareis y moriréis en vuestro pecado.

Tomado de las falsedades con que José Napoleón para engañar al mundo se supone reinante en América, y de las imposturas y mañas idénticas a las de los franceses de allá, que esparcen aquí los ocultos agentes de Napoleón.

Son datos intergiversables que en agosto de 810 el rey de farsa estampó en la gaceta de Madrid un artículo dando por cosa sabida ya entonces allí, y por indubitable la insurrección de esta América, no es menos cierto que a esa fecha estaba toda ella en el dulce regazo de la paz y tranquilidad pública; cuando nos alteró estos bienes la insurrección acaudillada por Hidalgo, Allende y Aldama, sacando la cabeza la primera vez en la villa de San Miguel el grande, fue al mediar septiembre del mismo año aciago, ni el ojo minas y encapotado de Napoleón, ni el torvo con que mira su hermano José, ni el que de nada le sirve por turno tiene vista profética; si de esto se necesitara prueba lo es el hecho mismo, y tan concluyente que no admite réplica, pues no habría dado por positivamente acaecido un mes antes en Madrid lo que aquí tuvo principio un mes después, es por tanto cosa muy clara que los emisarios suyos y de su imperial hermanito, creídos de que sería sin falta y confiados en las prevenciones de Hidalgo y socios, escribieron a su tuerta majestad asegurando que tal día de mayo o de junio de aquel año desplegaría aquí la bandera revolucionaria sin falta.

Esperó pues el rey de copas para dar verosimilitud al cuento hasta mediados agosto, para que allá se creyera que había recibido correo de Veracruz en que se le participaba la noticia; sin esta espera cualquiera pobre le frotaría en la cara la mentira, aquí no pudieron dar el grito fatal el día que habían asegurado, y resultó que lo dieron un mes después del anuncio de la napoleónica gaceta de Madrid; si no hubiera sucedido tal grito, podríamos pensar que la noticia gacetal era una de las mentiras que unen a cada palabra que profieren aquellas majestades inmundas y desaguizadas; pero habiendo sucedido por nuestros pecados un mes después, parece con demasía claro que el tuerto tenía noticias anticipadas

de lo que aquí adelantaban sus agentes ocultamente, y que no mintió esta vez sin algún fundamento, y parece también que él mismo sin quererlo nos recordó con esto que estemos sobre aviso, como nos amonesta San Pablo.

¿Y no he de creer yo, viendo entero el rabo de la zorra por más plumas que la cubran, que ella es la que mueve la máquina de esta desastrosa insurrección? ¿No he de creer que los agentes de los corzos, conociendo ¡o incautos insurgentes engaitados! que le aborrecéis de corazón, os fingen que también le detestan, y abusan de vuestra sencillez, credulidad e ignorancia para el oculto fin de arrancar con vuestras manos y a costa de vuestra sangre y vida la religión católica, introduciéndoos poco a poco, y sin que sintáis el veneno hasta haberlo tragado todo, al materialismo a la incredulidad e irreligión? ¿No he de creer que con la misma sagaz y diabólica astucia quieren con vuestras manos quitar el cetro a Fernando VII y entregarlo al tigre de Ajacio poniéndolo aquí en la mano del sujeto que ya estará designado por aquel?

Tan indubitamente lo creo, que tengo por imposible que se me convenza de que no es así. ¿Duda alguno de que el corzo ha enviado sucesivamente a estos reinos muchos emisarios seductores para introducir la discordia y encender con su tea denegrada la insurrección? ¿No han sido presos varios de ellos en la Habana, en Campeche, en Coahuila y en otros muchos lugares de estos reinos? ¿No se les han sorprendido instrucciones, planes, etcétera? todo indubitamente. ¿No sabemos días ha que estos emisarios, no solamente son franceses, sino también españoles indignos, de los que se han vendido al corzo, americanos no menos indignos ni menos vendidos, angloamericanos, suecos, ingleses, etcétera. ¿Y no vemos en las gavillas de los revoltosos a esos mismos dirigiendo, mandando y comiendo en un plato con Hidalgo, con Morelos, etcétera? ¿Y no estamos padeciendo la insurrección? ¿Cómo pues, dudarlo?

Otras falsedades convencedoras de lo mismo han hecho publicar los corzos en sus gacetas con el descaro peculiar de su absoluta falta de vergüenza, las hemos leído en las gacetas y otros impresos y algunos de vosotros las recordaran fácilmente, ahora veo un nuevo comprobante de mi concepto inserto en la gaceta de México de 26 del corriente mayo, tal es el decreto de botellón de 1 de Octubre de 811 prescribiendo leyes para expedir a sus vasallos de Europa licencias de pasar a la América, con aquel tono mismo que pudiera hacerlo nuestro adorado Fernando VII si no se hallara cautivo, ¿qué significa esto, sino que los encubiertos emisarios que aquí tiene y que Dios entregara en manos de la justicia, le habrán escrito que su empresa temeraria era ya cosa hecha, tanto que podía enviar empleados y órdenes para contar el enero de 1812 como época de su primer año de reinar aquí pacíficamente; pero gracias inmortales al Dios de los ejércitos, que cada día nos manifiesta más y más su misericordiosa protección contra los rebeldes.

Los agentes primeros del corzo os dicen que esto es mentira; si pierden cien hombres, os dicen que fueron quince o veinte, y que mataron millares de los europeos y demás de los ejércitos del rey, ya se ve, leyendo como ha engañado el corzo a todo el mundo no es de extrañar que aquí se destroce la verdad tanto, pues una de las principales máquinas empleadas para el logro de las iniquidades a que aspira el corzo, ha sido siempre mentir sin límites ni pudor, y los que ocultan sus instrucciones no pueden ocultar que las practican cumplidamente.

No hay virtud, no hay honra que pueda librarse de los sangrientos tiros de las lenguas de tales francmasones, porque contra lo más santo y puro esparcen las mentiras más difamantes y las calumnias e imposturas más horrendas, sin detenerse por el temor de ser desmentidos, abusan de la inocencia y del candor con el mismo descaro que emplean la malignidad y la impudencia; ni hay cosa tan sagrada de que no abusen directa o

indirectamente, un medio tan inicuo de que no echen mano para atizar el odio, conservar la discordia, y desterrar la paz y el orden; conocen el poder de la lengua y de la propensión de gentes de toda clase, a hablar y decidir de todo, y especialmente sobre asuntos que no entienden y que han fatigado los discursos de algunos sabios, y con dar pábulo a esta manía de hablar y juzgar de todo, consiguen difamar el gobierno más justo, perder a muchos, llevar a otros a su partido, y alejar la paz y la unión que Jesucristo nos recomendó tan fervorosamente. Así en España tiraron cartas donde fuesen halladas, para hacer creer traidores a hombres eminentes, de quienes de otra suerte no les era posible deshacerse, y así en México esparcen imputaciones odiosísimas, tanto contra eclesiásticos ejemplares de los que incesantemente les hacen la guerra predicando y enseñando la doctrina evangélica para prevenir a los fieles contra sus artificios, como contra militares, jueces notoriamente justos e incorruptibles, y contra otras personas verdaderamente incapaces de alistarse en el partido de la iniquidad; así también, no siéndole posible atraer a los que saben la ley de Dios, tiran a deshacerse de ellos por la maledicencia, la calumnia, la difamación y el engaño; ellos son de aquellos a quienes el mansísimo Jesús repetidamente llamó generación de víboras, siempre envenenadas contra la verdad y contra los que la aman; no hay alguna que no desfiguren o destrozan, ni hay falsedad tan monstruosa que no la publiquen como verdad.

La vergüenza, el agradecimiento, la fidelidad, el pundonor, la compasión, la caridad fraternal son para ellos palabras que nada significan; y la traición, la perfidia, la vileza, la venganza, el dolo, la crueldad, son virtudes en su diccionario, fieles discípulos de Voltaire y de los malvados que precedieron a este y le siguieron, mudan los nombres llamando virtudes a los vicios, y delirios de la superstición a las virtudes cristianas y políticas. ¿Cómo ha de dudar que hay tales francmasones entre nosotros, por castigo de nuestras culpas, quien lea que Voltaire joven se presentó en Londres al famoso Pope, de quien y de su

familia fue copiosamente obsequiado, y habiendo entonces aparecido un libelo infame contra el gobierno, acaso escrito por él mismo, se prometió una gran suma de libras esterlinas a quien descubriera el autor; y rebatado Voltaire de la codicia y de sus máximas horrendas, se presentó al ministro atribuyendo a su generoso bienhechor aquella obra? Pero Pope era bien conocido, y el francés lo era más de lo que pensaba, y su calumnia fue vergonzosamente descubierta. ¿Cómo lo dudara quien sepa que después de recibir grandes beneficios de Federico II de Prusia, publicó contra este monarca su amigo un libelo que obligó al rey a mandarlo apalearse en su casa de Ferney y sacarle recibo de los palos? ¿Cómo quien lea la carta del Rousseau católico Juan Bautista, muy diverso de Juan Jacobo, inserta en la obra del éxito de la muerte de aquel impío, y las tramas viles con que correspondió a la beneficencia? no hay pues que dudar que poseen estos moldes denegridos los agentes del corzo revolucionario de América.

¿Pero por qué aquí no hemos de erigir nuestras juntas como las de España? Esta especie, según he podido entender, es uno de los pretextos más apurantes con que os alucinan, y a la verdad es harto miserable, porque nadie puede persuadir que nos hallamos aquí en circunstancias semejantes a las que ocasionaron en España la erección de juntas provinciales; allí se hallaron las provincias inundadas de tropas francesas, ocupadas por estas las plazas y fortalezas, desarmados los pueblos de antemano, sin jefes, sacrificada la nación por muchos de los mismos que mas obligados estaban a defenderla, robado el monarca tan vil y alevosamente, sin poder fiar un saco de alacranes de tantas hechuras del infame Godoy, distribuidas de antemano a placer de Napoleón con quien iba de acuerdo; en una palabra, se vio la España en un conflicto y apuro tal que pasma y aturde, y la necesidad de perecer esclavos, o defenderse dictó el arbitrio de esas juntas; ¿cuál de tan extraordinarias, tan graves, tan difíciles y urgentes circunstancias había entonces, hubo

después, o hay ahora, en esta América que pueda dar motivo para la erección de semejantes juntas? ninguna se designará, si se habla la verdad.

Es innegable además, que aquellas juntas cedieron luego que se arregló el gobierno, primero en la junta central, luego en la regencia que aquella eligió y la nación aceptó en otro apuro, y luego en las cortes generales extraordinarias, sin que alguno haya osado gobernar por sí mismo; sino en nombre y por la ausencia y cautividad de Fernando VII con la aprobación y consentimiento de la nación. Si algunas juntas provinciales existen en algunas partes, ha sido con autoridad del gobierno y subordinadas a él, no independientes.

Únase que es la primera vez que se da parte a los diputados americanos en el gobierno interino y en las cortes; y esto se hizo tan liberalmente, que no lo pidió alguno de los americanos, sino que el gobierno de la nación les llamó y las cortes les han sancionado el derecho de justicia para las futuras y para gobernar en iguales sillas que los españoles europeos en los casos que por falta de rey deban gobernar otros en su nombre, así ha procedido la cabeza del cuerpo civil que forman ambas Españas; con que lejos de queja, debe la nueva dar gracias a la antigua, como lo ha hecho, porque la hizo una justicia que jamás se la hiciera, ni se atrevió a exigirla.

Os dirán que algunos justicias y empleados europeos, no todos porque esto sería tan falso como increíble, han hecho iniquidades en los pueblos contra los americanos, es verdad; pero lo es también que cuando se han llevado las quejas a los superiores respectivos, estos han castigado a los criminales, y si algunas veces no lo han hecho tanto como merecían los acusados, seguramente puede afirmarse que las más veces ha provenido de la falta de pruebas; y esta falta no es imputable al juez sino al mismo quejoso. Se debe juntamente confesar en honor de la verdad, que igual conducta han observado en los pueblos algunos justicias y empleados americanos, y así sucederá mientras sean

descendientes de Adán los que mandan, pues Jesucristo ha dicho que es necesario que haya escándalos en el mundo, porque atendida la miseria de nuestra carne corrompida es inevitable que los haya.

Pero ¿quién os cierra la boca para que no os quejéis al trono mismo, si tenéis razón para ello? Representad en hora buena una y cien veces, puesto que por beneficio del cielo no nos dominan reyes a quienes no debemos oponer mas que la fuga como Jesucristo y sus discípulos en otros tiempos, si se os negare hoy, repetid, aclarad, explicados y mañana se os concederá, el corazón más recto que más afana para no errar, yerra alguna vez, el talento más perspicaz alguna vez no entiende alguna cosa sencilla y clara, esta es la condición de la naturaleza humana, esto es el hombre, y su semejante no debe exigir de él que obre siempre como un ángel.

Pero supongamos las injusticias más enormes que sean imaginables, en la legislación española hallaremos camino para reclamarlas y pedir su reparo y el castigo de sus autores; mas ni en ellas ni en las leyes del catolicismo hallaremos pretexto para sublevarnos y separarnos del cetro, bajo el cual nos colocó el Altísimo desde que animó en el vientre de nuestra madre el feto de que nacimos. Como la religión católica entre otros gloriosos caracteres se distingue principalmente de las sectas de los herejes y de las falsas creencias de los idólatras y gentiles en este espíritu de paz y subordinación a las potestades, y como por lo común los más celebrados escritores del derecho público de las naciones han sido herejes o incrédulos impíos sin religión ninguna, no puede ser su doctrina conforme a la del evangelio, a título de derecho natural o de gentes y de libertad civil, autorizan a los pueblos para sublevarlos contra las potestades; les enseñan lo que el evangelio prohíbe absolutamente; y de aquí es que aunque para llevar adelante su proyecto inicuo, os digan que autores muy sabios lo sostienen, vosotros, si no queréis dejar la religión, como repito,

creo que ninguno querrá dejarla, deberéis responderles, que los autores de los cristianos son los libros de la sagrada escritura, en que se incluyen el evangelio y las cartas de los apóstoles, los cuales no con la palabra ni la opinión de los hombres, sino con la verdad infalible de las palabras de Dios, enseñan que por ningún caso es lícito sublevarse para conseguir la independencia, ni por otro motivo alguno, en tanto grado que deben morir los cristianos en los mayores tormentos antes que sublevarse, aunque les sea muy fácil y lo hagan por no cometer un pecado mortal; porque no es lícito cometer un pecado por no cometer otro.

Faltando a los autores de la rebelión este cimiento de que fuera lícito rebelarse, rompiendo el juramento de fidelidad, ¿qué ha de resultar de cuanto edifiquen, sino que todo venga a plomo, y cayendo sobre ellos los acabe? Así también lo ha dicho Jesucristo, con el ejemplo del que intenta levantar una torre sin computar antes lo que es necesario, siendo natural que el edificio levantado sobre la arena venga luego a tierra.

DESENGAÑO 5°

Tomado de la aniquilación del poder y orgullo de Morelos en Cuautla de Amilpas.

Creería ofenderos, insurgentes seductores y seducidos, si no estimara suficientes los Desengaños que la verdad de la religión y la experiencia han puesto a vuestro examen; puesto que si, dejando caer las vendas de vuestros ojos los reflexionáis y no cedéis a su vigor incontrastable, sería forzoso persuadirnos de que el error, el engaño y la ignorancia os habían quitado la fe católica y el ser de racionales; así que solamente por si alguno se hallare hasta tal grado pervertido, añado el quinto, ignorando si podré sujetar mi pluma para no fastidiaros.

Erguido Morelos por las que llamaba victorias, y no fueron sino sorpresas de

forajidos a pueblos cortos e indefensos de la costa del sur, reunió una grande gavilla de negros y pintos mezclados con blancos y castas, mal prevenido entonces el puerto de Acapulco, creyó fácil apoderarse de él; pero al fin desesperado Morelos por la resistencia que le hizo el castillo de San Diego, donde al modo que los saguntinos se hicieron fuertes los jefes y vecinos del puerto, volvió derramando la muerte, la desolación y el robo en las poblaciones indefensas del camino, en Izúcar se hinchó más su figura horrenda, por haber conseguido alguna ventaja en un encuentro con las tropas del rey; montado en soberbia pasó a Taxco, y de este mineral a Cuautla de Amilpas.

No debo negar que aquellos negros y pintos eran feroces; asados en las ascuas que el sol enciende y vierte a torrentes en el suelo en que se nutrieron; habituados a vivir casi enteramente desnudos; *en el duro trabajo ejercitados*, como cantó Ercilla de sus soldados en Arauco; aislados en pantanos y bosques retupidos; acostumbrados a lidiar con tigres, toros, serpientes y enjambres de insectos, reptiles y moscas que lanzan la muerte adonde pegan su saliva, diente o garfio siempre provistas de veneno; sin trato de gentes civilizadas; abandonados a los vicios más soeces que se alojan en las espantosas soledades; sin oír la palabra de Dios sino rara vez, y muchos sin oírla una vez en su vida, ¿qué mucho es participen de la ferocidad de los brutos con quienes luchan, o de los implacables insectos venenosos? Eran pues fieros e inhumanos; eran fornidos, osados y crueles hasta la barbarie; eran para decirlo todo, iguales en fiereza a un Nerón, a un Sila, cual era su infeliz caudillo.

A no corto número de estos hombres, que serían utilísimos si se les diera la educación cristiana que mandan varias sabias leyes emanadas del trono español, unió aquel monstruo por fuerza o de grado las turbas de los que sorprendió indefensos en los pueblos quo transitó en sus correrías, más asoladoras que las de los árabes de hoy, o las de los antiguos lacedemonios, ladrones desde los vientres de sus madres.

Circuido de mucha gente, artillería y bocas de fuego, chuzos, lanzas y machetes, con la crueldad y el terror siempre en la mano, se hizo fuerte en Cuautla, el clima mortífero para los no nacidos o habituados en él, cuales eran los que componían las tropas del rey, era tanto más ventajoso para él y sus caribes, cuanto eran nacidos o habituados en el mucho más ardiente de la costa del Sur: la situación del grande pueblo de Cuautla, dominante por todos puntos y no dominado por alguno, le daba otra ventaja que crecía por la espesura de los platanares y arboledas pegadas a los edificios por todos vientos; aumentaba estas ventajas la tarjea de mampostería que por el poniente corre de norte a sur con vara y media de espesor y con la elevación gradual de doce a catorce varas la población extendida por más de media legua de largo y casi media de ancho, formaría sin duda un país muy pintoresco de los más deliciosos y halagüeños, especialmente tendiendo la vista en su contorno vestido todo de cañas de azúcar, fruteros delicados, flores matizadas y llenas de perfumes en abundancia.

Morelos y sus conmlitones Leonardo Bravo, Mariano Piedra y otros, siguiendo la cartilla de Bonaparte, aterraban con una mano y halagaban con otra a los incautos moradores de Cuautla, se fingían amantes de la religión y de Fernando VII, compadecidos de sus compatriotas y ávidos de colmarles de riquezas y felicidades y de un cúmulo de bienes, de los cuales suponían que les tenían despojados por una usurpación los españoles europeos; sus impostores recorrían los pueblos y haciendas, como en Europa los que el corzo llama sus apóstoles de la filosofía, para hacer creer a sus habitantes que su poder era inmenso, que infaliblemente no dejaría escapar un soldado siquiera de las tropas del rey, que al pasar estas para Cuautla les degollarían y robarían, porque así, les decían, acostumbran hacerlo en todos los pueblos que transitan; y que no quedaba ya otro recurso para salvar las vidas y caudales, que cargar presto con todo y asegurarse en la fortaleza

inexpugnable de Cuautla; ¡cuántos lloran por haberles creído y tomado el consejo! ¡Cuántos perdieron no solamente sus caudales sino también la vida!

Mas de ocho mil racionales murieron en el pueblo a manos del hambre y de la peste; y no porque faltasen víveres, sino porque el feroz Morelos los reservó para sus negros y pintos, y para dejarlos a las tropas del rey que los hallaron en abundancia.

Tal inhumanidad no es la mayor de las muchas que allí puso en práctica en vez de las felicidades prometidas, acosadas de la voraz hambre y de la espantosa mortandad las mujeres, se presentaron al monstruo algunas rogándole que pues ellas no servían y perecían de hambre las permitiera salir del pueblo, "pena de la vida a la que se atreva a salir" fue la respuesta, y como unas pocas intentaran salir a recoger en las cercanías algunas yerbas que comieron todas muertas a balazos en el sitio, por la orden que el tirano Morelos no se olvidó de dar a sus negros; aterrorizadas las demás, perecieron de hambre muchas en los encierros de sus casas, después de haber comido cueros, ratones, insectos y cuanto pudo entretenerlas algunas horas más la miserable vida; las que halló con ella el ejército vencedor al mando del señor Calleja, parecían cadáveres transparentes con algún movimiento, y fueron alimentadas prontamente. Morelos y sus bandidos veían a tantos y a tantas agonizar, sin alargarlas un puñado de maíz para librarles de la muerte, los soldados del rey les aprontaron sus propias raciones que habían de comer aquel día. ¡Qué contraste de conductas tan digno de ser reflexionado!

Al fin el dos de mayo de este año de ochocientos doce hicieron la fuga de Cuautla, escapó Morelos con sesenta o setenta hombres de tantos miles; escaparon algunos otros por donde pudieron, pero ¡cuán pocos! Los cadáveres de los más quedaron esparcidos en el espacio de siete leguas a manos de las victoriosas tropas del rey, otra porción quedó prisionera, sus muchos víveres, artillería, fusiles y armas de otras clases, etcétera, todo fue

cogido, ¡qué importaría a Morelos que ni uno de los suyos quedase vivo con tal de que él solo escapase! El hizo morir en Cuautla y sus campos vecinos más de once mil, ¡pasmosa mortandad! por salvar la vida y adular el orgullo de un caudillo, que no era de los que cuidan de economizar las vidas y la sangre de sus soldados hasta el postrer apuro, no son ellos los que exponen su vida en algún peligro; dejan que se ceben las balas y las cuchillas de la muerte en los necios que han engañado, y se ponen en salvo huyendo siempre porque su interés personal es quien les domina, y no el que preconizan de la nación que sacrifican atrozmente.

¿Y hay todavía tantos ciegos tan ciegos, que palpando esta experiencia dan crédito a los seductores, y se dejan conducir y aún se van algunos al matadero? Los hay, sí, porque no aplacamos la cólera del cielo, los hay, y aunque ellos tal vez no lo entienden, trabajan por desterrar de en medio de nosotros el catolicismo, y por substraerse de la obediencia justamente jurada a Fernando VII. Allá los españoles europeos sostienen la lucha contra los enemigos extranjeros; acá los españoles europeos y americanos contra sus hermanos americanos, allá los católicos matan protestantes e incrédulos; acá los católicos matan a los católicos... ¡Qué diferencias y que horror!

Al verlas ¡o celestial, sublime, amabilísima religión católica! al sentir las convulsiones en que con tan notables diferencias han puesto a la feliz América la seducción y el engaño, mi acongojada imaginación me hace divisarte desplegando tus alas candidas para volar al África o al Asia, porque los mahometanos y los gentiles quizá quiere ya Dios que te den mejor acogida que los cristianos, a quienes colmaste de tus dones preciosos.

No lo permitas, no, ¡gran Dios! puesto que no eres implacable; mira la faz ensangrentada de tu hijo que sobre tantos altares te ofrecen diariamente tantos dignísimos sacerdotes en la hostia que consagran, he aquí la satisfacción abundante por todos los

pecados del mundo entero, mira los ayunos, las asperezas, la oración incesante, la pureza de tantas esposas angélicas de tu dulcísimo cordero, mira tantos niños hoy inocentes, y que no faltándoles la doctrina de tu evangelio, crecerán para ser los reparadores de las quiebras y ruinas que los revoltosos han hecho y causado en tu iglesia americana; pero que si les falta el pasto de la religión serán herejes, serán incrédulos impíos, y formarán nuevos enjambres de condenados, en vez de aumentar los ejércitos de los bienaventurados.

Y tú, ¡rey supremo de los reyes! tu, ¡rey de los cristianos, coronado de espinas y traspasado de cruelísimos clavos! tu, ¡jefe y capitán de los que por el bautismo y por el sacramento de la penitencia se listaron en tu bandera; ¿cómo has de dejarlos?... Eres su cabeza, son ellos tus miembros, y yo tomaré palabras de los ardientes labios de tu amante; sabio y glorioso Agustín para decirte, somos pecadores; pero somos tuyos; erramos, pero somos tuyos, tuyos porque nos criaste; tuyos porque nos conservaste; tuyos porque nos redimiste y nos compraste, dando por precio de nosotros tus trabajos y humillaciones, tus lágrimas, tu sangre y tu vida. Sí, ¡Jesús dulcísimo! compadécete ya de tantos que yerran porque están engañados, por que no saben lo que hacen, como en la cruz agonizando dijiste a tu Padre para inclinarle al perdón de los que te crucificaron entonces, ea, desarma su brazo, que no ha de vengarse en unas cañas quebrantadas y débiles.

Y tú, ¡o dulcísima, inmaculada, misericordiosísima y verdadera madre de Dios, madre de Jesús y siempre virgen! tú, ¡María divina, singularmente madre de los americanos! mira tus hijitos, mira cuantos de tus queridos indios han entregado los sediciosos a la carnicería, mira cuantos de tus otros hijos han perecido, mira a los que existimos luchando contra las olas fuertes enfurecidas de la desastrosa insurrección; ¡sálvanos, señora! ¡Sálvanos madre tierna! mira que perecemos, y como los discípulos clamaban a tu hijo, acosados de las olas en el estrecho del mar, clamamos a ti llenos de

confianza de que volverás a nosotros esos tus dulces ojos misericordiosos. ¿Qué aguardas, amorosa madre? Presenta a ese gran Dios tus grandes, tus insignes merecimientos, y deja caer una sola de tus lágrimas sobre la hoguera de la insurrección que abrasa este suelo... el suelo que pisaron tus pies gloriosos en Tepeyac; una sola de tantas lágrimas que en el Calvario vertiste por nosotros basta para extinguirla, ¿no eres nuestra madre? ¿No eres nuestra esperanza después de tu hijo? ¿No eres nuestra generalísima bajo la advocación de los Remedios? ¿No ves nuestros males? ¿Cómo, pues aún tardas? ¿Cómo te desentendes? ¿Cómo no nos oyes? Ea, que eres nuestra madre y esperanza, eres nuestra vida y asilo, y pues conoces que pereceremos sin ti, ¿cómo has de abandonarnos? Somos malos hijos, somos muy ingratos, no podemos negarlo; pero eres nuestra madre, levántate, pues, formidable a la irreligión y al fanatismo más que los ejércitos bien ordenados; levántate ya y vindica tu causa; perfecciona los triunfos que has comenzado a favor nuestro, serenando la tempestad con el desengaño de los seductores y de los seducidos.

¡Oh infelices! vuelvo a hablar con vosotros, aquí solamente he indicado una parte, no todos los males hechos y causados en Cuautla por Morelos. Plumas lastimeras y sensibles, denegridas y sangrientas de Young en las noches, de Hervey en los sepulcros, y de Regnault en el cementerio de la Magdalena de Pabis, si yo os poseyera, resucitaría el sentimiento difunto en los corazones engañados de los insurgentes de Nueva España, e imprimiría en ellos profundamente la voz de la verdad de la religión y de la experiencia, yo les dijera entonces, nada conocemos menos que lo que mas tratamos, el hombre, si, el hombre porque su corazón es inescrutable, sin embargo, quizá conozco a los primeros que os dirán que no me deis crédito porque soy un hipócrita, un ignorante, disparatero, etcétera, yo no les hice mal y sí cuantos servicios hallé al alcance de mis pobres arbitrios, ellos son mis enemigos, pero bien saben que no se fingir ni adular, y quien esto ignora no puede ser

hipócrita, tienen con todo razón para despreciarme y es la de que ciertamente no hay objeto más despreciable que el hombre, que aunque fuera una sola vez ha ofendido a su Dios, yo le he ofendido muchas, y ved aquí que soy dignísimo del mayor desprecio; soy ignorante, pero esto no es motivo para que dejéis de meditar lo que os he dicho, puesto que muy distante de presumir que a mi debieseis creerme, he tomado casi todas las sentencias que os dirijo, de la fuente de la verdad que es la escritura sagrada; despreciad pues mis disparates, y despreciadme; mas no despreciéis la palabra de Dios; y si alguno os la glosare del modo que acostumbran los incrédulos sectarios de Voltaire y de otros impíos, ateneos a su tenor o buscad quien os lea los comentarios de los padres de la iglesia, si vosotros no supiereis leerlos.

Yo diría a los que no ven, sin embargo del torrente de luz que la verdad de la religión y de la experiencia derrama por desengañarlos; jactaos porque veis morir algunos de los ejércitos del rey, mientras los del buen partido se compadecen del número incomparablemente mayor que en todas ocasiones muere de vosotros; pero temblad de la terrible diferencia, mueren algunos de los ejércitos del rey porque habrá entre ellos algunos que necesitan derramar su sangre para ser purificados y conducidos a la gloria infinita, y en ella colorados entre los gloriosos defensores de la religión y de la patria, que detestaron en tiempo útil sus pecados; mas mueren a manos de los soldados del rey millares de vosotros porque serán más enormes pecadores, obstinados en el mal, y convendrá a la justicia de Dios que sellen con su sangre sobre la tierra su condenación al fuego eterno.

Y siendo tantos los muertos que de vosotros, como decía Hidalgo, bajan a aquella hoguera, y tantos los males que han hecho y hacéis, llorad, dijera yo también, entonad lúgubres elegías, pájaros que veis eriazas las campiñas que os alimentaban, y volad a otro país menos desdichado, daos prisa fieras y alimañas a excavar vuestras cuevas entre las

ruinas de los edificios que habitaban tantos laboriosos y honrados vecinos, y son ya desiertos marcados de la infamia, llorad columnas y paredes desnudas de tantos templos solitarios, y al recordar las sumas de tantos nacidos en pecado que en vuestros bautisterios se limpiaron de él, de tantas almas que perdieron la gracia por el pecado, y porque oyeron el llamamiento de Dios, les visteis luego en vuestro recinto a los pies de los venerables sacerdotes, quienes les destrozaron las cadenas del demonio, y con la mano izquierda cerraron para tales almas el infierno, y con la derecha les abrieron las puertas del cielo, no pidáis venganza sino pedid misericordia para todos los que causaron vuestra soledad; huesos corroídos de tantas víctimas sacrificadas al ídolo del filosofismo napoleónico por el furor de la insurrección, no pidáis justicia contra los que aún existen sobre la tierra de aquellos que os sacrificaron al ídolo también de su interés individual, olas formadas de las lágrimas de tantas viudas y huérfanos, y de tantas gentes reducidas a la mendicidad y al dolor, no subáis a pedir castigo, pero subid hasta salpicar las estrellas que tachonan el Empíreo a pedir misericordia; y tú, caminante que vas pisando la osamenta y el polvo de tantos miles de insurgentes mezclado con el de algunos gloriosos defensores de la religión y del trono, y con el de muchos inocentes, aprende a estimar los tesoros de la unión y de la paz, y deja caer sobre ese polvo una lágrima de compasión, quizá humedecerá el resto de algún hijo candido poco tiempo ha como la paloma, y por lo mismo fácilmente engañado, y su alma estará en el purgatorio donde tu compasión le sirva de consuelo; y tú que alguna vez viste con delicia este lugar, o te dio albergue en otro tiempo, has cuenta que te dice ahora, esto hizo de mi el fanatismo con las armas de la seducción, de la discordia y el engaño, escarmienta en mi desolación y huye de estas víboras.

Yo les haría ver fresca y humeante la sangre con que han teñido el suelo que en cerca de tres siglos solo habían bañado los beneficios del cielo, o los sudores del labrador

pacífico y eran correspondidos con las cosechas más copiosas; yo les haría cerrar los ojos despavoridos por la vista de los recientes descarnados huesos esparcidos en todo el reino por la mano sanguinosa de la guerra, que ha quitado más de cien mil del número de los habitantes; yo les enternecería poniéndoles delante de un mar henchido de lágrimas vertidas por la orfandad y la viudez, por los niños y los ancianos, por los padres y hermanos de los que han muerto y de los que viven aún, pero infatuados por el terror y por el engaño, yo haría despedazarse las entrañas en el seno del hijo incauto y desagradecido, mostrándole el corazón despedazado de su amoroso padre, de cuyos brazos y los de la religión huyó a lanzarse tal vez en los de la irreligión, y por lo menos en los del crimen y del vicio, yo le haría oír los suspiros de su padre despedidos al cielo pidiendo para él el desengaño.

Yo les pondría delante de sus ojos el cúmulo inmenso de miserias que están haciendo sobre miles de familias con la ruina de la agricultura, de la industria y del comercio, y el mucho más deplorable daño que hacen con el atraso de la educación de las escuelas, de los colegios y universidades, les conduciría por la mano a ver destruidos o yermos y solitarios los templos, cuyas bóvedas resonaban los cánticos de la Sion americana, y cuyas aras recibían diariamente al único, insigne y verdadero bienhechor de los hombres Jesucristo sacramentado, y le veían tan manso y amoroso pedir los corazones a sus redimidos, y meterse a su pecho para ser su alimento, su fortaleza y vida, les señalaría tantos lugares en que leyeran la palabra de Dios y la de los padres de la iglesia y sus concilios, prohibiendo, detestando y condenando toda rebelión contra los reyes y contra los que gobiernan por los reyes, les presentaría a aquel divino redentor traspasado de cruelísimos clavos y espinas, desangrado y muerto en una cruz por salvarles a todos, y por enseñarles con su ejemplo a sujetarse a las potestades de la tierra por más que algunos sean inicuos, les haría oír las quejas que les dirige como a los israelitas preguntándoles: *¡pueblo*

amado mío! ¿Qué mal te hice, o en qué te he entristecido, o te fui molesto? respóndeme. ¿Y qué responderían?... Yo les haría conocer que si consiguieran la independencia con que les han infatuado, conseguirían separarse de la iglesia, de cuyo cuerpo místico son miembros, de el centro de la unidad católica que es el sumo pontífice, y que no habiendo salvación para los que mueren separados de esta cabeza y centro de unidad católica, infaliblemente conseguirán su condenación; ¡como les presentaría yo las venerables caras desfallecidas, macilentas y lagrimosas del santísimo Pío VII y del virtuoso Fernando VII cautivos, padeciendo ultrajes del corzo y de sus satélites, alimentados de amarguras, pero impávidos defensores de la religión católica, decididos a morir entro los mayores tormentos antes que mancharla!... ¡Ah! no ha dos años que al padre santo y al rey virtuoso les endulzaba el cáliz de hiel saber que el nuevo mundo permanecía incontaminado; mas hoy que el corzo habrá hecho comunicarles y aun exagerarles según su estilo, las noticias infaustas de lo que aquí pasa, ¡que cruel y cuan profundamente habrán traspasado aquellos dos corazones tan sensibles y paternales!

También les demostraría yo que ninguno de tantos favoritos de aquel monstruo le ha servido tanto como ellos le sirven, aún en el caso de que no él sino otro potentado europeo cogiera la presa, que sin imaginarlo así solo asegurarían para quien menos piensan; como sucedió a los franceses, que después de anegar en sangre su patria, después de haberla asolado, después de haber hecho a la religión volar huyendo de aquella nefanda región, se hicieron esclavos miserabilísimos de un extranjero el más impío y brutal que pisa la tierra; a este tan impío enemigo de la religión católica que con tanto ahínco desea su exterminio, hacen los insurgentes el servicio más grande que su ávida malignidad puede apetecer, privando a la España antigua de los socorros de la nueva, con los cuales quizá hubiera ya roto las prisiones del muy santo Pío y del amabilísimo Fernando, para restaurar las quiebras

que el catolicismo padece por el furor del corzo.

¡O engañados dignos de lástima! que diciendo que amáis a vuestra patria la hacéis los mayores males, que el mismo Napoleón si estuviera aquí pudiera hacerla, ved en tantos caudillos derrotados, en tantos presos para recibir el castigo, en tantos muertos en la guerra o en el patíbulo, la protección del Altísimo en favor de los que os resisten; y ved que como digo Antioco, *justo es someterse a Dios y que un mortal no pretenda apostárselas con Dios*; ved que no es la multitud de los combatientes y de las armas, no su pericia y valor, sino la protección del Señor Dios de los ejércitos quien da las victorias; y las está dando todos los días a las pequeñas huestes que defienden la religión y la patria, contra las numerosas gavillas que intentan mantener la insurrección.²

² En confirmación nueva de esta verdad sobre tantas tan notorias, estando esta obrilla concluida, ha publicado la gaceta extraordinaria de 30 de mayo corriente, la gloriosa acción del 29 del mismo en el monte de las Cruces, el extranjero Laylson mandaba más de quinientos hombres de caballería e infantería, que venían a atacar la tropa que se hallaba en Cuajimalpa al mando del teniente coronel y comandante de lanceros montados de San Luis Potosí don Pedro Meneso, tenían los rebeldes tomado el camino real y en él un cañón de 4 y un pedrero. Y viniendo de regreso de Toluca solos treinta y seis valientes de aquellos lanceros de San Luis a las órdenes del teniente don Juan Miota y alférez don Antonio Puente, sufrieron la primera descarga y como leones tomaron el callen y pedrero, sembraron el monte de cadáveres de los rebeldes, les cogieron cinco prisioneros, las municiones, esmeriles, escopetas, lanzas y veinte caballos ensillados, seis mulas cargadas con ropas y papeles del extranjero y otras cosas, dos banderas, dos cajas de guerra, etcétera; ¿cuál es pues el pueblo de Dios? ¿Cuál la causa que protege? ¿Quién tiene la pericia y el valor? Decididlo vosotros mismos insurgentes, mientras que le rendimos gracias al Señor Dios de los ejércitos, y ensalzamos sobre las estrellas el valor de los treinta y seis soldados y dos oficiales contra más de quinientos; sus nombres son dignos de grabarse en láminas de oro.

¡O alteza de las riquezas y poder de Dios! ¡O Providencia vigilante contra vosotros! ¡O protección de la augusta Madre de Dios, que bajo el título de nuestra generalísima Remediadora, parece haber escogido el puesto de las Cruces para confundir a los enemigos de la religión y de la patria! Allí un puñado de hombres contra muchos millares hicieron tal destrozo que Hidalgo Costilla, Allende y otros jefes primeros de la insurrección huyeron aterrados; y allí también ahora treinta y ocho han destrozado a más de quinientos, los que tenemos fe reconozcamos el poder de Dios sobre los enemigos.

Y todavía después han crecido estas pruebas, allá en favor del pueblo de Israel al sonido de las trompetas cayeron en tierra los muros de Jericó, acá el 6 de junio al sonido de las trompetas del ejército real, que a los oídos de los malvados resonaron al modo de las del juicio final, cayó la confianza soberbia de la pretendida junta nacional, apoyada en el cerro y pueblo de Tenango del Valle, aquel casi inexpugnable por su ardua subida y por su mucha fortificación, más de dos mil y quinientos rebeldes quedaron muertos; pero no murió siquiera uno de las tropas del rey, y no porque los contrarios dejaran de disparar su mucha artillería, fusiles, etcétera, pues hicieron un vivísimo fuego, sino porque hay una Providencia divina que dirige las balas y los aceros.

El 10 del propio mes, en los cerros de Huiloapa cerca de Orizaba, sufrieron otra mortandad considerable, otra dispersión y pérdida de monta; y aunque su artillería fue muy bien manejada, solos tres caballos mató y ni un herido ni menos muerto resultó de los valientes defensores de la patria, mandados por el

Temed a Dios que no necesita un clavo en la mano de una Jahel para matar a un Sisara derrotado, ni de una piedra en la honda de un niño David para quitar del mundo a un Goliat soberbio, ni de un cuchillo en la mano de una Judit para degollar a un Olofernes orgulloso, y dar a su pueblo la victoria contra los ejércitos mas numerosos y aguerridos.

Y no teniendo duda de que os habéis alistado en las banderas de la rebelión, algunos, aunque muy pocos, que alguna vez lograsteis en la santa casa de ejercicios este grande auxilio de la religión, que vierte allí las misericordias dulcísimas del capitán Jesús, os diría como san Pablo a los hebreos 10 32. ¡Acordaos de aquellos venturosos y poco ha pasado días, en los cuales iluminados con el resplandor de las verdades santas, sostuvisteis la grande contienda contra vuestras pasiones, acordaos de que allí volvisteis ti alistaros en la bandera del capitán Jesús; acordaos de los suaves bálsamos de consolación que allí derramó sobre las heridas de vuestros corazones, acordaos de las palabras que allí disteis a su divina Madre dolorosa, tomándola por vuestra capitana, ¿qué mal os hicieron para que desertaseis? Viéndoos hoy listados en la banderas de lucifer ¡ah!... ¡Cómo quisiera yo ser algo!... ¡algo capaz de haceros volver sobre vosotros mismos! ¡Cómo querría desengañaros, enternecer vuestros corazones, y haceros llorar lágrimas ardientes de dolor!

triumfante Llano.

El 5 del mismo en el pueblo del valle de Santiago el famoso capitán don Agustín Iturbide, americano, como cuantos mandaba, hizo otra carnicería que pasó de trescientos, sin perder más que un hombre, y lo más importante es que sacó de allí vivos al que se decía generalísimo Albino García, que se habla distinguido por sus crueldades atroces y robos incalculables, a su hermano y 30 cabecillas; y el día 15 en el puerto de Calpulalpan el mismo bizarro capitán hizo otro destrozo importante sin perder un hombre.

No hablo de las gloriosas resistencias de Toluca mi amada patria, de Tlaxcala, de Tulancingo, Izúcar y otras muchas que ha publicado el superior gobierno en estos días, aunque todos confirman que la generalísima de los Remedios ha intercedido por nosotros, pues que no es de mi propósito escribir la historia; pero si, reflexiono; primero, que en otros tales días como aquellos en que México en 810 hizo en culto de la imagen prodigiosa las demostraciones que jamás se habían hecho tales y tan magníficas, han sido las mayores victorias por todo el reino; segundo, que según la gaceta de Madrid ya citada, dando allá en agosto de aquel año por sucedida la insurrección aquí, desde luego se avisó por sus emisarios al torticero José que darían el grito en mayo o en junio y ellos así lo habrían hecho, si esos cultos tan religiosos no hubieran detenido la ira de Dios. Si al cabo en septiembre de aquel año, nuestras culpas la hicieron romper el dique, también la protección de nuestra divina generala va entregando a los rebeldes, disipando sus huestes de una manera que cada día nos sorprende y exige nuestro agradecimiento, y ha conservado a México intacto, ¿qué deberemos pues hacer para mostrarla nuestra gratitud y no agraviar a su Hijo?

¡Padres sensibles y penetrados como yo de un dolor acerbo! besemos la mano adorable de la Providencia que nos aflige, y resignados a su querer, vamos alguna vez a soltar las corrientes del llanto bajo la sombra lúgubre de los cipreses y álamos, no cuidemos de lo que dirán las almas insensibles; ¿por qué no rendiremos a la sensibilidad de la naturaleza miserable, el tributo de un desahogo que la religión aprueba? Lloremos, si, ya que la compasión que me prestó la pluma me la quita... mas ¡ay de mi! en vano creí que podría desviar mis cansados ojos del objeto que los atraviesa en cualquiera parte adonde los vuelvo.

¡O tú, hijo desaconsejado a quien tanto apegó mi amor este corazón que has ennegrecido! ¡Qué lección me has dado para desprenderlo de todas las cosas de la tierra elevarlo y fijarlo únicamente en su Criador inmutable que sabe pagar hasta los deseos! ¡ah! yo sería feliz si consiguiera saber aprovecharme de ella; pero tú que no te alejaste de tu padre por hacerle este beneficio; tú que empezabas a vivir, y a quien la bondad de un amigo insigne iba a proporcionar una suerte digna de emulación; tú en quien creí que al cerrar mis ojos la muerte dejaría otro padre a tus hermanas... si existes, pues lo ignoro, si te hallas entre los revoltosos cual uno de ellos, como lo temo, ¡cuanto tienes que llorar por tu extravío, aunque la providencia paternal de Dios, desvíe de ti las balas ardientes y las cuchillas, que ansiosas de castigar tu ingratitud al Criador que te hizo tantos beneficios, y tu crimen contra la patria, se amontonaran persiguiéndote, tanto más cuanto Dios no les ha mandado que no te maten, como mandó una vez que no mataran al fratricida Caín! Tus hermanas no necesitan de ti ni de mi, tienen a Dios que es el verdadero padre de los huérfanos, a cuya tutela he de dejarlas al concluir la vida que me has amargado; ¿pero qué? ¿No has de acordarte de los desvelos de tu joven y virtuosa madre que con tanto ahínco cuidó de que no pecaras, hasta el último día en que parado junto a mi la viste cerrar los ojos

para no abrirlos más? ¿Has de olvidar las palabras que diste a Dios en los ejercicios pocos meses antes de tu fuga? ¿No te acordaras de que desde el punto en que se conoció que estabas concebido, fuiste consignado por tu madre a la dulce Madre de Dios y de los pecadores? ¿Olvidarás cuanto leíste en libros útiles y santos? ¿Te dejarás seducir contra la prevención de San Pablo por los sectarios del infernal filosofismo francés? ¿Despreciarás los consejos últimos de un padre que no te disgustó y afanó por hacerte feliz? ¿No te acogerás a la clemencia de un gobierno paternal regido por un virrey verdaderamente benéfico? ¿Crucificarás de nuevo y más veces a Jesucristo con un conocimiento que no tuvieron los judíos? ¿Perderás esa alma inmortal en que Dios Trino y Uno esculpió su imagen y semejanza? ¿Querrás perder a Dios para siempre, pudiendo todavía restaurar lo perdido volviendo a sus amorosos brazos que te solicitan? La tribulación que me has causado, mis gemidos amorosos, mi solicitud de tu remedio... ¡ah!... tanto que debe abrir tus ojos para ver el engaño de que te hicieron víctima tus seductores, abusando de tu poco conocimiento del mundo y de los hombres, como los que doraban las astas y enfloraban los corderitos que sacrificaban a los ídolos ¿no habrá de conmoverte a llorar tu desacierto y a solicitar prontamente el remedio, antes de que la muerte o la prisión te impida conseguirlo? ¡Ay hijo incauto! ¡Hijo pródigo fugitivo de la casa paterna por tener libertad para condenarte ofendiendo a tu padre Dios que no te ha hecho más que beneficios! ¡Hijo ayer de mi amor, y hoy de mis lágrimas!... ¡ah! si guardaras a mis ojos el golpe que dé fin a mi vida viéndote... ¡ay que la imaginación acongojada... el sentimiento... mi pluma henchida de horror y bañada de lágrimas... ya lo he dicho... mis lágrimas la inutilizaron.

NÚMERO 1.

Distribución de 30,000 ejemplares impresos para repartir graciosamente.

Al Excelentísimo señor virrey	100
Al Ilustrísimo cabildo sede vacante para el arzobispado	300
Al Excelentísimo e Ilustrísimo Señor Obispo de la Puebla	250
Al Ilustrísimo Señor Obispo de Michoacán	200
Al Ilustrísimo Señor Obispo de Oaxaca	200
Al de Guadalajara	200
Al de Yucatán	150
Al de Durango	150
Al del Nuevo Reino de León	150
Al de Sonora	100
Al Ilustrísimo Señor Arzobispo de Guatemala	100
Al Señor Comandante general de Provincias Internas	100
Los de oficio a los Tribunales a quienes toca	038
	2, 038
A los señores suscritores que lo han costado	488
	2, 526
Quedan para reintegrar lo que falta del costo	474

Y son los	3,000
-----------	-------

NÚMERO 2.

Lo recibido de la suscripción.

	PESOS
El Religioso Convento de la Encarnación dio	100
Los Señores Echave e Icazas	100
El señor Conde de Agreda	100
Una Señora	060
El Hospicio de San Jacinto	050
El Señor Oidor Decano don Manuel de la Bodega	050
El Señor Conde de Basoco, don Gregorio Saenz de Sicilia, la Casa de San Camilo y el Reverendo Padre Doctor Fray Luis Carrasco, Prior de Santo Domingo, a 25 pesos	100
El Señor Inquisidor honorario Padre Doctor don Matías Monteagudo, el Señor Fiscal de Real Hacienda don Ambrosio Sagarzurieta, y los Señores Abad, don José Joaquín Iturbide y Juan López Herrero a 20	100
Un Patriota	018
El Señor don Tomás Ibarrola	015
Los Señores don Alejandro del Castillo y don Miguel Alducin a 12	024
Los Señores Conde Colombini, don Mariano Ontiveros, don Juan Manchola, T y T, Marqués de San Miguel de Aguayo, Contador de la Lotería, don José María Benavente, don Nicolás Rey, don José Mireles, Reverenda Madre Abadesa de la Concepción, Reverenda Madre Priora de San Lorenzo, don Pedro Abarrategui, don Antonio Ibañez del Rivero,	150

Doña María Mónica Rodríguez y un Religioso a 10	
Cuatro Religiosos Recoletos, la Reverenda Madre Abadesa de San José de Gracia y el Señor don José Ignacio Muxica a 8	024
Un caballero de Malta, el Real Convento de Jesús María, la Reverenda Madre Priora de San Jerónimo, los Señores Inquisidor honorario don Manuel de Lardizábal, don Agustín Pérez Quijano y don Antonio Velasco de la Torre a 6	036
El Señor Arcediano de esta Santa Iglesia, tres Religiosos, los Señores don Juan Bautista Iturriaga, Coronel don Joaquín Gutiérrez de los Ríos, Granadero Mioño, don José Juan de Fagoaga, Prebendado don Manuel Andrade, Doña María Josefa Betancurt, don Antonio Medina, don Francisco Giles, Doña Rafaela Arroyo, don Manuel Fernández Arias, Convento de Balvanera, don Joaquín Cortina, don Luis Fernández Madrid, Doctor don Manuel Rubin, Colegio de San Pablo, don Manuel Urquiaga, licenciado don Fernando Fernández de San Salvador, Prebendado don José Mariano Alarcón, Brigadier don José Mondragón, Canónigo Doctor don Antonio Campos, Padre Rector de Portacoeli, don Antonio Vázquez, don Bernabé Falcón, don Sebastián Fernández, don José de Castro y Ortega y don José Ruiz Barcena a 5	150
Otros 22 Señores dieron uno 4 pesos, cinco a 3 pesos, tres a 2 pesos y trece a 1 peso	038
	1,115

NÚMERO 3

Costos de la impresión.

Planta a 9 pesos pliego con tiro do 500 ejemplares	092 ps.2
Tiro de 51 y cuarto resmas a 5 pesos	256 ps.2
63 resmas de a 20 manos limpias a 12 pesos	756
Encuadernación de 2,850 a 14 reales el ciento	049 ps.7
La de 150 en pasta	045 ps.

Costos de 2,500 Convites que se repartieron	091 ps.
Francatura de los que se remitieron a Puebla, Querétaro, Toluca y Tulancingo	006 ps.6
Por diez cajoncitos para los remitidos fuera	006 ps.2
	1, 303 ps.3

NÚMERO 4.

Suman los costos	1303.3
Lo recibido	1.115
Faltan	188 3

Quedan 474 ejemplares, que para cubrir esta falta lo que se paga a los vendedores se darán a 31/2 reales.

La edición del tomo IV de la *Colección de documentos para la historia de la Guerra de Independencia de México de 1808 a 1821* estuvo a cargo de

Carlos Cruzado Campos
Raquel Güereca Durán
Eric Adrián Nava Jacal
Gabriela E. Pérez Tagle Mercado
Claudia Sánchez Pérez

PROYECTO DGAPA PAPIIT IN402602